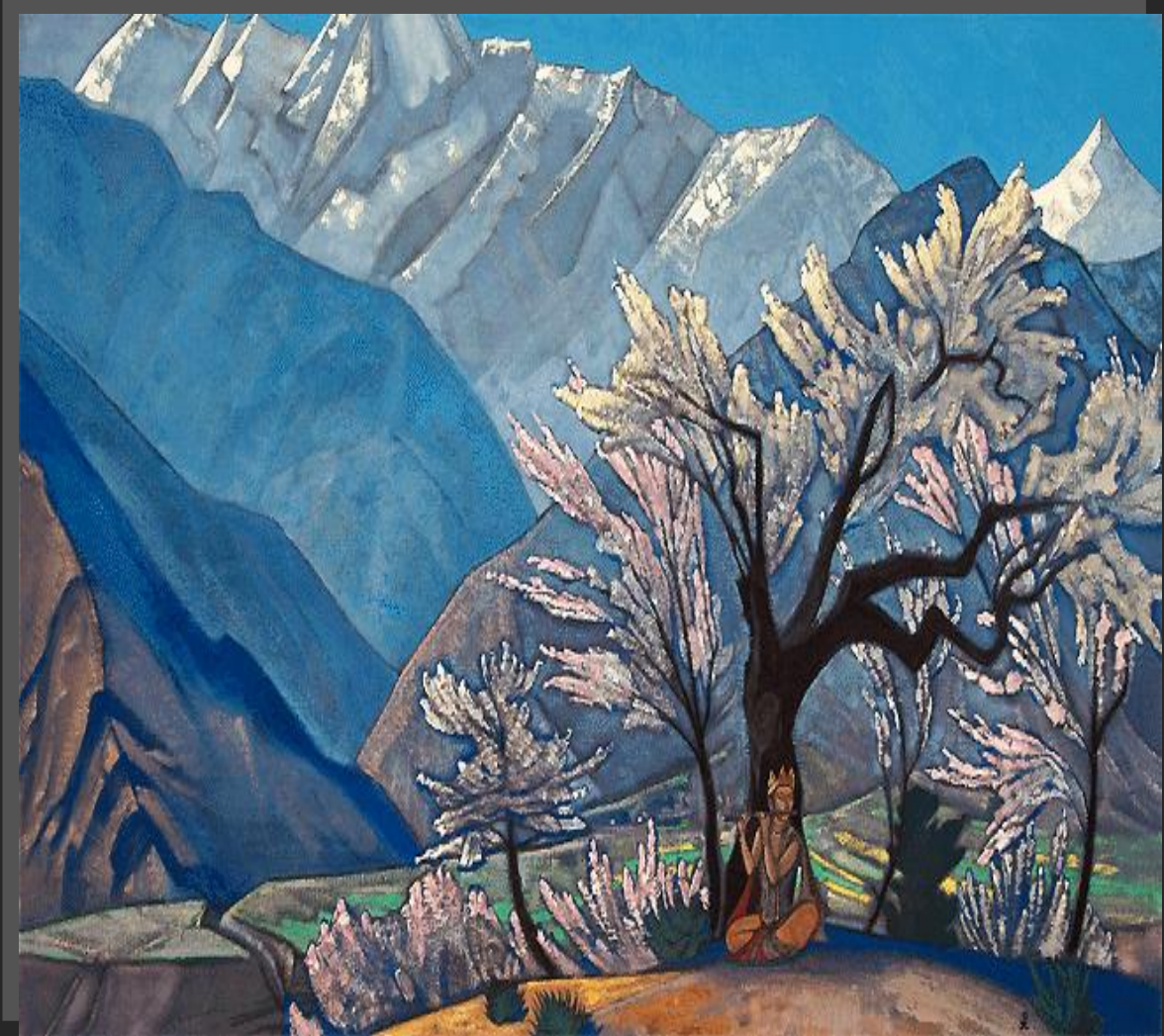


Noches de Nueva Delhi



Pedro Martín González

Indice

<i>1.- Medita, Mundo.....</i>	<i>4</i>
<i>2.- Viaje y Silencio.....</i>	<i>4</i>
<i>3.- El Viajero, El Viaje.....</i>	<i>5</i>
<i>4.- Un convoy hacia Bengala.....</i>	<i>6</i>
<i>5.- Calcutta: La ciudad de la Alegría.....</i>	<i>9</i>
<i>6.- Kalighat: Vivir y morir en la casa de Dios.....</i>	<i>13</i>
<i>7.- Bosques de Darjeeling.....</i>	<i>16</i>
<i>8.- Peregrinación a las fuentes.....</i>	<i>22</i>
<i>9.- Un sabio en el corazón de los Himalayas</i>	
<i>10.- Yuri N. Roerich: el erudito olvidado.</i>	
<i>11.- Ladak: la última frontera</i>	
<i>12.- Encuentro con Sevetoslavs Roerich en Bangalore.</i>	
<i>13.- Sri Ramana Maharsi en Arunachala</i>	
<i>14.- Krisnamurti en la Sociedad Teosófica de Madrás</i>	
<i>15.- Un benedictino en Santivanam.</i>	
<i>16.- Kalarippayattu y Khatakali en Kerala</i>	
<i>17.- Los mundos prearios de la India.</i>	
<i>18.- Tíbet fuera del Tíbet.</i>	

Medita, Mundo...

Acortaremos el ritmo de nuestra conversación para detener el impulso abstracto de la razón y dejando que, suavemente, vaya inundándonos el sagrado silencio -que es más elocuente que la ingeniosa palabra- daremos paso a otra comunicación, a un lenguaje a través de la distancia, a una oclusión de los sentidos capaz de despertar la consciencia hacia el Entendimiento. Porque será al fin sin palabras, como habremos de entender, Amigos: Alma, Vida y Corazón

Viaje y Silencio

Este es un largo viaje, un viaje para un descubrimiento: aquel que hace entender sin palabras a quienes quieren ver y oír algo más en los otros, en el mundo que habitan, dentro de sí mismos...

Este es el viaje del Entendimiento, de ese Entendimiento que atrapa el silencio, hilo conductor de lo auténtico...

Este es el Viaje que nos hace callar, para aprender, junto a él, Eso que es esencial...

El Viajero

El viajero es el hombre que deja su hogar dispuesto a una búsqueda. Esa búsqueda es un encuentro: aquel que conduce a un ser humano hacia la belleza de su propio descubrimiento; hacia la dificultad del camino -que enaltece su espíritu; hacia la soledad -que despierta sus más íntimos secretos; hacia la lejanía de su cotidiano vivir -que enriquece su pensamiento y lo objetiviza hasta aclararlo (todos llevamos dentro un diamante); hacia el contraste evidente que le hace hollar la vida, su única vida, a pleno pulmón.

El Viaje

Viajar por el Tercer Mundo es todo eso y, también: la dureza de la pobreza, de la falta absoluta de las necesidades más elementales que hacen a un Ser Humano digno ante sí mismo: el agua corriente, el vestido, la vivienda, la higiene; es el espectáculo diario de la tristeza, el dolor ajeno, nuestro propio dolor. Y, en su cara oculta, el Viaje es: el Amor mismo, la olvidada Fe en el sentido del mundo y sus gentes, la Aventura fantástica, la Vitalidad de la locura, el éxtasis de lo desconocido, el encuentro con lo perdido.

Un convoy con destino Bengala

*Traen, las miradas de cristal;
el corazón, en el Entendimiento, prendido;
las manos, abiertas para la entrega
y una Piedra, que llaman Filosofal...*

Nueva Delhi me recibe una madrugada del mes de Julio adherida a los monzones. El calor, sofocante; los tumultos, multitudinarios; los desórdenes, a la orden del momento. Vendavales de miradas tratan, inocente e ingenuamente, de entender las razones de mi presencia entre sus vidas, unas vidas cuajadas a una velocidad superior a las nuestras, donde los niños son jóvenes, los jóvenes adultos y los adultos ancianos.

Cruzar Uttar, dirección Benarés, resulta un ejercicio incomparable de color, olor y ruido. Embriaga, esta abigarrada manera de moverse, que es el tren. El destino, va mostrando las intimidades de la India rural: el agua del monzón, causando estragos entre los pueblos, una marea de vida sin igual, que baja y sube constantemente a la serpiente multicolor que forman los innumerables vagones de este convoy con destino Calcutta. Todos los tipos humanos, que una mente pueda concebir, se han dado cita aquí; también el barro, convertido en juego para los niños, vivienda para las familias campesinas, lugar de descanso para los búfalos...

Después de los húmedos caminos, del calor sofocante, de la tormenta estival, de una noche y un día al filo del ventilador, aparece, vespertina, Benarés, esa ciudad mítica que Alexandra David Neel nos hiciera amar a todos en: “*La India en que viví*”.

Se hace el camino temprano, muy temprano, vestido de blanco, como mandan los cánones. Salgo a buscar la vida en una de sus dimensiones más lúgubres y ásperas, la última de las dimensiones, el adiós, la despedida, el acto de Fe de un hombre ante Dios, ante el interrogante de su futuro: una cremación, la desaparición física de un Ser Humano.

Con las primeras luces del alba una variedad humana sin par comienza a precipitar sus pasos hacia el Río. Procedente de los Himalayas, el sagrado Ganges, recorre el Subcontinente Indio de Oeste a Este, para desembocar, a través de Calcutta, en el Golfo de Bengala.

Son las cinco de la mañana, comienzan los baños rituales que limpian el cuerpo (y también el alma) de los hindúes. Primero son los hombres santos quienes se aproximan a las orillas del Río; Sadhus y yoguis que, venidos de cualquier rincón de la vieja India (los hay de Rajastán, de Himachal Pradesh, de Tamil Nadu, de Kerala, de Bengala y, por supuesto, de Uttar), recitan plegarias, hacen abluciones bajo el agua fría, limpian sus entrañas, beben sin cesar un agua teñida de barro, lavan sus vergüenzas y, al fin, acercan sus almas al altísimo dispuestos a iniciar un nuevo día con el sumo deber de la limpieza (de cuerpo y alma) cumplido.

A continuación, una muchedumbre sin identidad se aglomera en torno a los cuantiosos *ghats* que bajan sus peldaños hacia el agua. Es entonces cuando la vida habla, se estremece, grita su hálito más íntimo buscando nuestros estupefactos oídos. El silencio, bajando el Río, es total.

Desde muy temprano, las piras funerarias llevan a cabo los rituales. Éstos comienzan con la construcción de las columnas de madera, dispuestas de tal forma que puedan dar cabida a un cuerpo humano en toda su extensión. La madera es en India un elemento costoso, y las familias de los difuntos costean unos precios elevados para poder realizar las despedidas al uso de sus seres queridos.

Generalmente las mañanas son tranquilas, pero al atardecer el número de cadáveres comienza a ser un problema. Un cadáver tarda alrededor de tres horas en consumirse y aquí acuden multitud de peregrinos, moribundos y fieles de toda casta y condición social para decir su último adiós a esta vida terrena. Así pues, las cremaciones se suceden una tras otra, desde el alba hasta el ocaso.

Los familiares del difunto, vestidos de blanco riguroso, lo acompañan en todo el proceso de la cremación, hasta que sus restos son, finalmente, depositados en el Río. Tras esto, los varones se afeitan la cabeza, se sumergen en el agua y guardan un mes de duelo por la muerte del ser amado.

No todos los difuntos son quemados; no lo son los niños menores de 12 años, tampoco las mujeres en estado de gestación, los hombres considerados santos, los leprosos, ni, tampoco, los animales. Todos ellos, ante los ojos de Dios inocentes, son respetados tras su muerte, pero igualmente sumergidos en las aguas del Ganges.

Una mañana de Agosto abandono Benarés *-la Santa-* rumbo a Calcutta. Atrás queda la imagen única del Ganges al amanecer, cubierto aún de una fina niebla, que orada unas piras funerarias y las envuelve en un silencio sepulcral, un silencio que araña, a medida que se acerca al Río, una multitud que busca en esta corriente de vida su propio nacimiento a una nueva existencia.

Calcutta: la Ciudad de la Alegría

*Bajan descalzos,
vestidos de blanco,
palabras blancas,
el Alma pintada de blanco...*

Howrah, estación de trenes de Calcutta, recién llegado; miles de miradas perdidas, suelos poblados de humanidad, alegrías infantiles seguidas de una infinita tristeza. La estación de Howrah, punto de encuentro de los viajeros que llegan a Calcutta por tren, es un conglomerado de veintisiete plataformas, en las que viven, deambulan, trabajan, ríen y mueren miles de personas. Enclavada en uno de los barrios más marginales de la Metrópoli, es un verdadero crisol de la sociedad hindú, un escaparate de la auténtica realidad de la Ciudad, un paradigma que cuestiona eso que se ha dado en llamar “*Aldea Global*”, un estandarte de la marginalidad y la dureza de la propia vida en este rincón de la vieja India.

Calcutta, la “*Ciudad de la Alegría*”, lo es, también, de la muerte misma. En Calcutta (Kolkatta en bengalí) conviven cerca de doce millones de personas, muchas procedentes de las tierras próximas de Bihar, Orissa, Assam y del oeste de la propia Bengala, donde ésta se encuentra ubicada.

Dominique Lapierre, en su *best seller* internacional, sorprendió y sensibilizó al mundo sobre la problemática de esta ciudad única. En su magnífica obra, da vida a unos personajes humildes quienes, llegados en busca de una nueva oportunidad para sus propias vidas, se enfrentan al terrible drama de una urbe de especiales características: climatología extremadamente adversa; prolongados y tórridos veranos; aguaceros monzónicos que inundan las calles en cualquier momento del día o de la noche; superpoblación que desestabiliza el normal funcionamiento de una comunidad; insalubridad sin par; tráfico denso y ruidoso; contaminación ambiental; desempleo y, a la vez: Ciudad cosmopolita, puerta abierta del Subcontinente hacia el extremo más oriental de Asia, mezcla de culturas y etnias que enriquecen la vida misma, punto de encuentro de religiones y credos múltiples que han engrandecido las mentes de sus más ilustres pensadores, cuna de sabios y místicos -como Tagore o Ramakrisna, piedra angular de una monumental obra de amor a la vida y al Ser Humano que edificara la Madre Teresa, núcleo mayor de universidades con capacidades intelectuales y tecnológicas rayando al máximo nivel mundial en distintos campos de la ciencia, como la física teórica o la informática, centro de acción y reacción de personas comprometidas que, procedentes de cualquier parte del mundo, entregan a diario alma, vida y corazón en pro de unas mejoras sociales, de una calidad humana que a veces raya en la indignidad, de una educación acorde con los tiempos, de un nuevo concepto de vida en el que tengan cabida los valores y bienes conquistados por el ser humano en otras latitudes del globo.

Calcutta no descansa, se mueve entre estos dos mundos, entre estos dos extremos, entre estas dos concepciones de la existencia mundana, entre estos dos estados posibles de vida y muerte, entre el conocimiento y la incultura, entre una profunda espiritualidad y un

feroz materialismo. Es éste un mundo dual, tremendamente esquizofrénico, donde la alegría roza a diario con la más absoluta tristeza humana.

El ritmo de la vida es trepidante en Calcutta, el tráfico lo es aún más, el ruido acompaña a la ciudad desde el alba hasta el ocaso. En éste *mare magnum* de sensaciones, a las que se abren todos los sentidos, el viajero se deja impresionar por la increíble adaptación al medio de la que hacen gala los habitantes de esta ciudad: duermen en las calles, trabajan bajo un sol plomizo, mantienen sus mentes ágiles y despiertas a pesar de la dureza del clima.

Tremendamente inteligentes, despiertos, vitalistas, alegres y extrovertidos, los jóvenes estudiantes, uniformados y conjuntados a la perfección, son un baluarte, una nueva tentativa, un sueño imposible de redimir a esta ciudad de sus tremendos problemas.

La educación es el principal escollo, no sólo de Calcutta, sino de toda la India; millones de personas continúan sujetas a unas ideas religiosas y sociales ancestrales que en ocasiones precipitan el abandono escolar, para poder así, con la aportación de una fácil mano de obra, hacer frente a unas caóticas situaciones económicas generadas por los bajos salarios y las precarias pensiones.

Este problema económico genera un índice de natalidad muy elevado y de este problema devienen todos los demás, así: el sanitario, el factor ambiental, las diferenciaciones sociales, etc.

El viajero sensible descubre en Calcutta la doble realidad de la sociedad india: la capacidad innata de sus habitantes; un instinto, inteligente y abierto que genera la vitalidad más exacerbada, y el diario juego con la muerte, adivinándose en cualquier rincón de la Ciudad en forma de mendigos, moribundos, niños sin hogar, etc.

En este mundo único que se configura aquí, existe un ejemplo mismo de tenacidad y dedicación a los demás. Este lo forman las O.N.G., las iniciativas particulares promovidas por indios u occidentales, los Hogares de la Congregación de las Hermanas de la Caridad de la Madre Teresa, los proyectos gubernamentales, los anónimos que están dando sus vidas por unas causas justas, y todos los estamentos y asociaciones, que limitan día a día el avance de la pobreza, la marginación y las desigualdades en Calcutta.

Es esta una ciudad difícil dentro de un país difícil. Al igual, que en el resto de la India, el viajero se siente un alumno desde un principio, un estudiante en el aprendizaje de lo esencial, un discípulo de la verdadera naturaleza y sentido de la vida que, una ciudad como Calcutta, le ha ayudado a comprender y a respetar.

Kalighat: Vivir y morir en la casa de Dios.

*Vienen, de la Luz de la profundidad,
a esta luz, sin Luz, superficial...*

Andy no pierde un minuto en rendir homenaje a la memoria de algún enfermo recientemente fallecido. Kalighat es el centro de la Vida. La jornada exige a cada uno rescatar el Amor que lleva dentro, entregarlo sin reservas, trabajar con desprendimiento, dedicación y exclusividad, con todo aquel que necesite atención, pudiendo ser reclamado para servir un plato de arroz hervido, transportar enfermos para el baño matinal, dar una simple palabra de afecto o, simplemente, para estar cerca, acompañando a los que se marchan, silenciosos, de este mundo. Aquí, se viene a dar Vida en forma de Amor, aunque la muerte, triunfante en muchas ocasiones, aparezca, llevándose consigo a hombres y mujeres, llamados: Singh, Yogansha, Tupten, Rajnesh, etc.

El orden del día exige el cien por cien a todos los que trabajan aquí: Hermanas de la Caridad de la Orden de la Madre Teresa de Calcutta, silenciosos seglares, gentes del pueblo, voluntarios venidos de todos los rincones del Planeta, apátridas sin destino conocido, intelectuales agnósticos, cristianos devotos, judíos inconformistas, hinduistas convencidos, profesos de la fe budista; todos dispuestos para librar su particular batalla con el miedo, con la visión decadente

de una humanidad moribunda, con la enfermedad y su contagio, con la cambiante visión de sus propias existencias, transmutándose cada segundo que allí permanecen, al ser testigos directos del tránsito de esta Vida...

Situado en un barrio populoso de la imposible ciudad de Calcutta, aparece Kalighat, el hogar de moribundos que fundara, hace cincuenta años, la Madre Teresa, para atender, siempre, a los más pobres entre los pobres.

Ellos, los pobres, vienen de todas partes. Algunos, son traídos desde puntos distantes, como la estación de trenes de Howrah, donde, cada día, los voluntarios recorren sus veintisiete plataformas (es la mayor de las estaciones de ferrocarril de toda la India), buscando entre los raíles aquellos indefensos que ya nada pueden hacer por su integridad y salud.

En otras ocasiones son ellos mismos los que, en precarias condiciones físicas y psíquicas, se acercan a este “*Punto de Luz*”, para encontrar en otras manos lo más indispensable para sus propias vidas: la atención que a sus cuerpos y espíritus se les brinda en cada metro cuadrado de este Centro (uno de los doce que existen en la Ciudad).

Andy no descansa, su apuesta lo es de por vida. Ha dejado atrás: un mundo nuevo, un futuro más que prometedor, unas perspectivas del todo atractivas en lo profesional y, también, en lo personal. Es siempre el primero en llegar, y también el último en salir; lava cuerpos deformes, da de comer a los que vomitan una y otra vez las papillas de arroz, limpia excrementos, cambia de ropa a los enfermos, sonrío y da energía a todos los que vienen detrás, arrojando el hombro, aprendiendo de su integridad.

A su lado Kora, universitario, padre de familia, exiliado en esta ciudad por vocación, con el corazón puesto en Kalighat y la cabeza, a

veces, en la distante Benarés, donde viven los suyos: imposible seguir su rastro. Lleva más de diez años dejándose la piel entre estos muros. Aquí está el Centro de su mundo. Una vez la Madre Teresa se fijó en él, desde entonces todo en su vida cambió para siempre.

En las calles, Enrique; quemó sus naves hace dos años. Cambió un mundo de lujo por cuatro paredes cubiertas de humedad, una primera línea de playa por una ciudad abrasiva, un deportivo que rodaba por Marbella por unas chanclas llenas de barro, y una vida sin sentido por el encuentro con su propia Vida y la Felicidad de ser útil a los demás. Deambula por Calcutta, aparece y desaparece por la estación de Howrah, recorre los barrios en busca de los más débiles, los encuentra y los lleva a Kalighat; después, vuelve a las calles.

Coronando este lienzo, las Hermanas de la Madre Teresa. La Alegría les invade, la dedicación a los pobres es Ley. Involucradas en su Obra hasta el final, dirigen a decenas de personas, enseñan a los novicios, distribuyen medicamentos, enferman de tuberculosis, reconstruyen la Vida entre los pobres, admiten a todo tipo de almas que deseen aportar ayuda, inculcan la necesidad de encontrar un Kalighat, dentro de cada ser humano.

Kalighat nos enseña la necesidad de atravesar las cortinas de humo de este mundo material, entregar un resquicio del tiempo que nos sobra, pensar en el compromiso a que nos obliga nuestra propia ética, aportando, no sólo aquellos aspectos materiales obviamente necesarios, sino también los espirituales: ese alimento que sólo el Amor puede desprender entre los Seres Humanos.

Bosques de Darjeling

Era el momento de cercar a la Verdad,

De derramar la Humanidad,

De volver a ser, en firme,

Un Alma blanca.

Aquel era el momento verdadero de la Vida...

El Noreste de la India, está poblado por el espíritu de Alexander Csoma de Koros, los Bosques de Darjeeling, una casa llamada Krokety -en la que vivieron Helena Roerich y Yuri después de la muerte de Nicolás- cerca de la cual encontré a Bárbara Gerke y a su Maestro, Lama Chimpa -profesor de sánscrito nacido en Mongolia que había pasado su vida en Bengala- y, finalmente, por el majestuoso Kanchenjunga, en otros momentos una montaña inaccesible y sagrada, como aún lo es el Santo Kailash.

Alexander Csoma de Koros, húngaro de nacimiento, había venido al mundo para desvelar el secreto de su lengua magiar. Siempre había sido un solitario y eso quizá le dotó de una voluntad y una determinación a prueba de cualquier obstáculo. Nunca se defraudaría a sí mismo en esa búsqueda vital.

Al entrar en la Universidad comenzó a madurar la idea de viajar al Oriente para resolver el sueño de su existencia. Después de doctorarse en Lenguas Orientales, partió, sólo, con la intención de llegar a Lhasa, en Tíbet. El Viaje a pie duró dos años, deteniéndose en India. Las tierras de Ladak, en el norte del Subcontinente, le alojaron durante otros veinte años. Allí, ataviado como un monje más, viviendo en remotos monasterios, ermitas y cuevas, dedicaría su vida a la transcripción de los textos sagrados, realizando numerosas traducciones a su lengua materna, escribiendo un monumental diccionario húngaro-tibetano y una extensa gramática, investigando sobre los orígenes de su cultura y esperando pacientemente la oportunidad de cruzar los pasos fronterizos, para acceder al aislado reino transhimaláico. Fue, sin duda, el pionero de los estudios budistas en el Continente Europeo.

Nacido el mismo año en que se inaugurara la Sociedad Asiática de Calcutta (1784), Alexander se detuvo en esa ciudad algún tiempo antes de ascender hacia Darjeeling y Sikkim en dirección a Tíbet. No completaría su itinerario: moriría allí, a los pies del sagrado Kanchenjunga, el 11 de Abril de 1842, víctima de la malaria, sin ver cumplida la última razón de su periplo: conocer Tíbet.

Aquí, frente a mí, un monolito da Fe de su Vida y Obra. Las nieblas, de nuevo, lo cubren, pero la Luz, después de años de olvidanza, lo hace también sobre su propia existencia. Es, a los ojos que ahora contemplan su trabajo, uno de los hijos predilectos de Hungría.

Con el equipaje de Alexander Csoma de Koros en mi interior, bajé a los bosques de Darjeeling...

Los Jardines ocupan un espacio de cuarenta y nueve acres. La población asciende a más de dos mil especies, entre árboles y plantas,

siendo su fecha de fundación el año 1878. El Jardín Botánico de Darjeeling (el más grande de Bengala Occidental, después del Jardín de Calcutta) fue donación de un adinerado colono inglés: William Lloyd.

Cuando entré en ellos, ya había olvidado mi nombre, el origen de mis raíces, mi propio credo, las razones que me condujeron allí. La jornada de aquel día se marchaba veloz, y mis pies, acrecentando su paso, se apresuraban a los caminos solitarios que poblaban, serpenteantes, aquel Oasis de Luz.

Nunca había visto unos ejemplares tan gigantescos de cedros bengalíes (todos centenarios); junto a ellos vivía una familia de rododendros nepalíes (el árbol nacional de Nepal), un Ginko biloba (una reliquia pleistocénica procedente de China al que Darwin llamó “árbol fósil” y que se introdujo en este jardín en 1.944). La especie tiene una antigüedad de 200 millones de años. Acomodada junto a él aparecía una majestuosa Sequoia, cubierta por el velo fino de las nieblas. Es la Sequoia, otro “árbol fósil” procedente de China y descubierto en 1941 por Hupch. El material fósil fue encontrado en depósitos terciarios del Este de China, existiendo otros en el Ártico. La especie pervive desde hace 20 millones de años. Después, al final del largo paseo, pude ver la Cryptomera del antiguo país de Cypango.

El Jardín de Darjeeling, es un brazo del Botánico de Calcutta. Está situado a 2000 metros de altura, y su flora es mayormente la autóctona de los Himalayas. No obstante, encontramos en su haber especies procedentes de otros diecisiete países.

Después, apareció aquella sensación. Allí, a la hora de las chicharras, cuando las luces de la tarde se iban transformando en la luz de las luciérnagas, yo era ya un pedazo del bosque mágico, un hombre camuflado entre palmeras, un trozo de corteza blanca de

abedul, un tallo sin esculpir de álamo negro, un reflejo amarillo en las choperas, una onda de la brisa que movía las copas cipresales, la savia blanca de un drago milenario, el silencio, la textura de la bruma nocturna, la paz, la quietud, el enraizamiento en la tierra mojada, la presencia callada de la Naturaleza sosegada, el frío, la noche y la soledad. Después de vivir esa Experiencia supe una vez más que siempre estaría en deuda con la vieja India.

Desde Darjeeling puse rumbo a Kalimpong, tomando un jeep y cruzando las montañas en dirección Este. Mi propósito era llegar a Krokety; esa casa victoriana es aún hoy propiedad de la Reina de Bhután, a quien Yuri se la arrendó a comienzos de los años cincuenta.

Después de abandonarla, tras la muerte de su madre, la vivienda se convirtió en un hotel, estando en la actualidad en venta.

Sabía que Daniel Entin (Director del *Roerich Museum* de Nueva York) me podría ayudar en mi tarea de búsqueda. Le escribí y me envió no solo la dirección, también, un nombre importante: Bárbara Gerke.

Bárbara, alemana de nacimiento y ciudadana del mundo por vocación, era, además de profesora de Yoga e Inglés, una gran conocedora de la Familia Roerich, de la farmacología tradicional tibetana y del Sánscrito. Dirigía una revista sobre cultura tibetana en la que colaboraban estudiosos de distintos países del mundo.

Bárbara me concedió una entrevista, aportándome gran cantidad de material, que aún conservo. También me presentó a su Maestro: Lama Chimpa, un viejo profesor de Sánscrito de la Universidad de West Bengala, en Calcutta.

Lama Chimpa había sido alumno de George Roerich (Yuri) en los años cincuenta. Yuri le enseñaba Sánscrito, correspondiéndole el

con el idioma mongol. Tal era el nivel de Yuri en el lenguaje de las estepas que las clases de Sánscrito terminaron dictándose en el idioma de Mongolia.

Después de dejar a Bárbara y a su Maestro, subí andando a la colina en la que se encuentra el stupa que honra la memoria de Helena. Se ha construido allí un monasterio tibetano. El stupa de Helena es un punto blanco en el manto verde que forma la montaña. Desde aquella altura puede su espíritu contemplar uno de los paisajes más espectaculares de los Himalayas Orientales.

Siempre rumbo Norte entré en el Reino de Sikkim. Crucé el puesto fronterizo y llegué a Gangtok, su Capital. Al igual que Ladak o Zanskar, Sikkim es un Tíbet fuera del Tíbet. Atravesé el país, aproximándome al Kanchenjunga. Quería ver más de cerca ése mito del montañismo que se eleva por encima de los ocho mil quinientos metros. No me defraudó. Ya lo había visto en Darjeeling cuando a primera hora de la mañana (si el tiempo era propicio) subía a lo más alto, para recrearme en la grandeza de su visión. No obstante su proximidad impresionaba aún más. Es triste pensar que un afán puramente deportivo pueda terminar con ese trato milenario, una relación que ha ennoblecido las montañas del Himalaya, sacralizándolas y manteniéndolas fuera del alcance de los hombres, por considerarse morada de los dioses. Este afán ha tentado incluso a la que es considerada la montaña entre las montañas del reino espiritual budista: el Santo Kailash.

Transitar los valles de Sikkim es toparse con la diáspora tibetana, encontrarse con la realidad de los asentamientos de refugiados, quienes procedentes del Norte tratan de reconstruir un país único, como es Tíbet. El reconocimiento del genocidio al que se

ha visto sujeto este pueblo pacífico supone hoy en día una prueba de coherencia, ética, dignidad y valentía política.

Peregrinación a las Fuentes

*El Peregrino brilla como un lucero
frente a las Montañas mágicas de Altai.*

*Dibujan sus pies un camino sin par:
una senda que conduce a Shambala...*

Hace más de sesenta años un peregrino anónimo, venido de un lejano país, atravesaba India de Sur a Norte. Su destino no eran las montañas, aunque luego las visitó para recogerse en sí mismo y encontrar su Fuente interior; tampoco las ciudades constituían la finalidad de su Viaje, aunque era librepensador y hombre abierto a otras culturas. Su periplo tenía una dirección clara, meditada, largamente deseada: encontrar a Gandhi.

Solo, en aquella India que le recibía por vez primera, ataviado con una túnica de color blanco y una voluntad férrea, Lanza del Vasto caminaba con paso firme hacia la Fuente. Más tarde, después de encontrarla en el Santo del *ahimsa*, subió hacia otra más geográfica, pero no por ello menos espiritual, esa otra fuente que da origen a un río singular, un río que es Vida y Muerte en ese país, un río que constituye el propio corazón del pueblo indio: el Sagrado Ganges.

La cultura del agua está ligada a todos los pueblos de la Tierra. El vínculo del hombre con ese elemento y con otros, también cercanos a su existencia (fuego, fertilidad, Tierra, Sol, etc.), ha sido

una realidad histórica confluyente en todas las culturas. Todas las grandes civilizaciones aparecen cercanas a cuencas hidrográficas importantes: los ríos Tigris y Eufrates para la Civilización Mesopotámica, el río Nilo para la Civilización Egipcia, el Río Amarillo para la Civilización China, y el Indo para la Civilización de Harappa.

El elemento agua está relacionado con la purificación. El Bautismo en la tradición judeo-cristiana limpia de pecado original al adepto quien recibiendo el agua bendecida sobre su cabeza o realizando una pequeña inmersión, vuelve a la vida como un nuevo Ser. En la tradición japonesa el ritual del agua se conoce como Taky Shugyo. La ceremonia bajo una cascada de agua tiene las mismas connotaciones que un bautismo cristiano, existiendo un maestro de ceremonias que hace las veces de sacerdote iniciador y unos padrinos, o acompañantes, del iniciado. Todos, vestidos de blanco, se someten al agua para salir de ella purificados.

Igor Charkovsky, científico ruso, en otros tiempos rechazado por el régimen soviético y puesto en libertad con la caída del Muro y la llegada de la Perestroika a Rusia, sostiene que el hombre, que proviene del mar como todas las criaturas, volverá a él definitivamente. Con esta filosofía de fondo Charkovsky ha desarrollado un sistema capacitado para traer niños al mundo dentro del elemento agua. Las futuras madres sostienen una relación estrecha con el elemento líquido desde la concepción. Finalmente, los pequeños vienen al mundo en esas condiciones acuáticas, entrando en contacto con este elemento desde el principio de sus vidas y llegando a recibir el alimento materno en inmersión.

La relación del hombre con el agua es muy estrecha en la India, constatándose esto con claridad cuando se viaja por el interior del País. Los hindúes limpian cada mañana sus cuerpo y almas en las

aguas del río, festejando un baño cargado de ritualismo, abluciones, rezos e inmersiones. A este contacto vivificante hay que añadir ese otro, producido en las cremaciones, llevadas a cabo en el borde de las corrientes fluviales. Tras las ceremonias, los restos humanos serán devueltos al torrente, cerrando así un estrecho vínculo que ha mantenido al difunto unido de por vida al elemento líquido.

Vasudeva, aquel barquero imaginado por Herman Hesse en su inigualable Sidharta, enseña al joven Gautama sentándose a orillas del río para escuchar en silencio el mensaje de su corriente. Allí, cuando Vasudeva le hace ver que nunca es la misma corriente la que ven sus propios ojos, el joven príncipe descubre que el río es un símil de la propia vida. Todo se manifiesta en transición, todo fluye hacia el mar, también las vidas de los hombres. Este entendimiento será una de las Iluminaciones del futuro Buda.

La Cordillera del Himalaya cruza Pakistán, India, Tíbet, Nepal, Buthán y Bangla Desh, dando estribaciones a otros países colindantes, como China, Afganistán y Birmania. En la República India los Estados himaláyicos situados al noroeste (Cachemira, Ladak, Zanskar e Himachal Pradesh) esconden montañas de hasta siete mil quinientos metros de altitud. Es en Himachal Pradesh, Estado fronterizo con Nepal occidental, donde nos encontramos con Garwal, un pedazo del Himalaya más abrupto. En su corazón nace el Río Ganges.

El Ganges recorre siete mil kilómetros desde su nacimiento hasta la desembocadura. Atraviesa los estados indios de Himachal Pradesh, Uttar Pradesh, Bihar y Bengala, vertiendo finalmente sus aguas en un delta de proporciones considerables, donde se asienta la ciudad de Calcutta.

Para llegar a las fuentes del Ganges, el peregrino cruza las ciudades de Harvard y Rishikesh. Ambas preparan al viajero para el

acontecimiento que le espera cien kilómetros en dirección norte cuando llega a Gangotri, último asentamiento antes de iniciar a pie el trayecto definitivo que le conduce a la auténtica fuente del río: Goumuk.

Al llegar en noche cerrada a Gangotri, el viajero no percibe la grandeza del lugar. Un ruido ensordecedor le anuncia un espectacular salto de agua que el valle fluvial, en forma de pronunciada uve, le impide ver. La mañana le ofrecerá una de las visiones más espectaculares de su peregrinaje.

En Gangotri se advierte que el asentamiento está poblado mayoritariamente por peregrinos, llegando éstos de todos los rincones de la Madre India; visten túnicas o saris anaranjados, pañuelos del mismo color, portan algún cetro para el camino, unos vienen a pie, otros en autobuses atestados, que conducen jóvenes en ocasiones inexpertos. Los encontramos de los Estados más distantes: Kerala, Gujarat, Andra, etc.

Gangotri es punto de encuentro de numerosos yoguis y sanyasines, que viven allí temporalmente, pasando los meses de primavera y verano junto al río que les nutre. Son pocos los que se aventuran a permanecer en el lugar durante el invierno cuando las temperaturas no suben de cero grados.

La verdadera fuente del río Ganges se encuentra veinte kilómetros al norte. Hay que recorrer a pie esta última parte del camino, ya que no existe carretera alguna para el acceso final. Antes de llegar encontramos Boshvasa, un asentamiento muy humilde en el que algunos monjes viven permanentemente.

La fuente del río, llamada Goumuk, aparece bajo la boca del glaciar que lleva su nombre. Frente a ella, algunos sadhus mantienen

sus campamentos de verano, ataviados con el típico *dothi*, peinando largas trenzas aceitadas y fumando marihuana.

Por encima de la lengua del glaciar encontramos Topovan, una llanura fronteriza con Nepal. Aquí comienza una de las rutas de peregrinación que hermana desde hace milenios a budistas, hinduistas, jainistas y seguidores de la religión Bon: la ruta del Santo Kailash.

Un sabio en el corazón de los Himalayas

*No sé por qué pintas el azul como imposible;
el malva en las montañas,
cuando están, naturalmente, pintadas en blanco;
las praderas africanas de un amarillo que nunca vi
y, verdes, los cielos que rodean al Santo Kailash...*

Ursula nos habla con voz pausada sobre Nicolás Roerich, uno de los hombres más sublimes del siglo XX. Roerich, ruso de nacimiento (San Petersburgo, 1874) fue, además de pintor excepcional, un auténtico hombre universal.

Pocas veces podemos encontrar en un solo hombre tantas capacidades como en la figura de Nicolás Roerich, no en vano, después de graduarse simultáneamente en Leyes y en la Escuela de Bellas Artes de San Petersburgo, prosiguió su camino hacia el Conocimiento, descubriendo la Arqueología, la Antropología, la Filosofía, la Botánica, la Lingüística, etc.

Su legado incluye más de siete mil cuadros, una treintena de libros sobre los temas más variados, un sin fin de artículos publicados en las más diversas revistas científicas y humanistas del momento, la creación de varias Sociedades (como la Sociedad Agni Yoga), el

establecimiento de Fundaciones (como el Master Institute of United Artists, dedicada al fomento de las artes y las letras), o la Institución del Pacto que lleva su nombre (aún vigente).

El Pacto Roerich (por cuya instauración y puesta en vigor fue propuesto para el Premio Nobel de la Paz en 1929), fue firmado en la Casa Blanca por todas las naciones del Continente Americano y Europa (incluida la Unión Soviética). El Pacto exigía a los gobiernos firmantes salvaguardar los bienes culturales de la Humanidad en tiempos de guerra.

Antes de dejar Rusia, Roerich, nombrado Director de la Sociedad de las Artes de San Petersburgo, había comenzado a trabajar con el artista y empresario ruso Dhiagilev (quien por primera vez llevaría sus cuadros a París).

Nicolás y su esposa se establecieron por algún tiempo en distintas capitales de Europa, donde el artista prosiguió su trabajo como pintor y decorador de los ballets que Dhiaguilev promovía, hasta hacerse él mismo, junto a Stravinsky, promotor del ballet “*La Consagración de la Primavera*”.

En 1920, después de la 1ª Guerra Mundial, los Roerich (Nicolás, Helena, y sus dos hijos: George y Svetoslavs) llegan a los EEUU. Allí, durante una gira que les llevaría varios años, expone en numerosas ciudades estadounidenses, participa en la escenografía y vestuario de distintas producciones, y pinta una serie de cuadros en Mohegan, Maine, titulada: “*Océano*”.

En 1921 crea en Nueva York el Master Institute of United Artists, en donde Nicolás pretendía poner en práctica sus conceptos educativos (que ya había desarrollado en la Sociedad de las Artes de San Petersburgo). El Master Institut creció y se desarrolló, hasta llegar

a ser lo que hoy conocemos como: “*Museo Nicolás Roerich*”, situado en Nueva York.

Los años orientales de Nicolás y su familia, comenzaron con su llegada a la India en mayo de 1.923, estableciéndose en primera instancia en Darjeeling, en el Himalaya oriental. Desde aquí, parte su primera gran expedición a través del continente asiático; un periplo que recorrería los Himalayas, el Karakorum (en Pakistán), el Pamir, la Kasgharia, el Turquestán, las montañas de Altai, Mongolia interior y Tíbet, para volver a India a través de Sikkim en un viaje que culminaría dos años y medio después de su partida. En esta travesía Nicolás pintó más de quinientos cuadros, rescatando igualmente numerosos vestigios arqueológicos, botánicos y lingüísticos de sumo interés para la ciencia.

Una vez establecidos en India creó junto a sus dos hijos (George, eminente tibetólogo y políglota, y Svetoslavs, diplomado en Arquitectura en Harvard y pintor de renombre), el Instituto Himaláyico “*Urusvati*”, dedicado al estudio y difusión de los vestigios culturales obtenidos en sus expediciones.

Por su parte, Elena, proseguía sus publicaciones sobre filosofía oriental, así como sus interminables traducciones, entre las que destaca: “*La Doctrina Secreta*”, de Madame Blavasky.

Aunque en numerosas ocasiones viajaban a los EEUU y Europa, para supervisar los proyectos que habían iniciado, los Roerich permanecieron en el Valle de Kulu Manali, en Himachal Pradesh, India hasta la muerte del pintor, acaecida en 1.947, respirando allí el pensamiento superior y dirigiendo sus impulsos hacia lo Eterno.

Nuestra anfitriona, Ursula, alemana de nacimiento, se interesó por la vida y obra del pintor y antropólogo en los años cincuenta. Después de vivir en Laponia y en Rusia (San Petersburgo), viajó sola

durante siete años a través de los países himaláyicos -Ladak, Nepal, Tíbet e India- hasta recalar en Naggar, en el Valle de Kulu, en Himachal Pradesh. En la actualidad regenta la Casa Museo del artista, en Naggar Kulu.

Desde su llegada a India intensifica sus contactos con la familia Roerich, conoce personalmente al hijo menor de Nicolás - Svetoslavs Roerich- a la mujer de este último -la bailarina india Devika Roerich- haciéndose cargo de una escuela para refugiados tibetanos (la primera erigida a tal efecto, desde donde arranca su amistad sincera con el actual Dalai Lama). Mujer de extraordinario carácter, Ursula mantiene viva la llama de la filosofía Pax Cultura.

En la casa de los Roerich, en Naggar, podemos admirar sólo una pequeña muestra de la Obra del Maestro. Existen, no obstante, cuadros en otros museos de India (Delhi, Bombay, Madrás, Bangalore, Benarés, Chandigar), además de los ya citados museos de Nueva York, San Petersburgo y Moscú.

Lo que más impresiona al entrar en la casa en la que vivió Nicolás Roerich, es el inmenso silencio que en ella habita. La estancia, está impregnada de un aroma que invita al recogimiento y a la introspección. La mayoría de los cuadros que podemos admirar pertenecen al período himaláyico (correspondientes a la última parte de su vida) y son lienzos de unas dimensiones muy moderadas. En ellos predominan los tonos suaves, con los que el pintor construye estampas capaces de aquietar cualquier sensibilidad: azules inmaculados, rojos, naranjas, rosáceos, violetas, verdes, que aportan una luz y tonalidad únicas.

Admiramos también fotografías del maestro junto a personalidades políticas y científicas del momento que le tocó vivir, advirtiéndole entre ellas sus encuentros con líderes, como Gandhi;

políticos, como Nehru; o intelectuales, como Einstein, por citar a los más conocidos.

La estancia, de construcción eslava, está situada de cara a un frondoso valle repleto en esta época del año —verano- de manzanos. A ella accedemos siguiendo un serpenteante camino que cruza la aldea y asciende, lentamente, hacia la parte más alta de la montaña.

La primera impresión que puede asaltar al viajero es la de una vivienda cuya construcción no pertenece al entorno; construida en piedra, tiene un espectacular tejado coloreado en rojo, ventanas con estructuras de madera pintadas en blanco y un hermoso jardín que la circunda. La vegetación, exuberante, rodea la imagen de esta casa, en cuya entrada se encuentran el caballo alado con la piedra filosofal (*chintamani*) y monolitos con inscripciones tibetanas.

Si esta casa es el reflejo de su alma, ésta fue tan grande y pura como estos valles que la envuelven.

El valle de Kulu Manali desborda y colma nuestros sentidos hasta saciarlos. Los ojos no descansan en su asombrado rastreo a través del inmenso paisaje; los oídos se turban al aparecer mil y un sonidos que se tornan en cada momento del día y de la noche; el tacto se despierta a las maderas, a los árboles, a las flores, al bambú.

Situado a unos cien metros de la casa se encuentra el Instituto Etnológico y Antropológico creado por Nicolás y George Roerich. Allí contemplamos reproducciones de numerosos cuadros del artista y alguna colección de vestimentas típicas tibetanas, ladakíes y del propio valle de Kulu.

A solo unos metros de la vivienda familiar vemos los *samadhis* de Nicolás Roerich y Devika (mujer de Svetoslav). En silencio, permanecemos junto a ellos por unos momentos.

Así, envueltos en ese silencio, dejamos de nuevo aquellos paisajes que supusieron fuente de inspiración de un hombre de luz, un maestro, un artista capaz de hacer comprender a sus contemporáneos la necesidad de conducir el mundo y sus gentes hacia la Paz a través de la Cultura, para que así el futuro se pudiera suceder con naturalidad y el hombre tuviera una posibilidad más, de acercarse a Dios.

Yuri Nikolaievic Roerich: el erudito olvidado

Vosotras: Almas Grandes, Belleza y Paz,

Justicia, Caballería, Silencio, Alegría,

Arte mayor, Completa Poesía...

¡Venid a buscar al guerrero de Luz...!

Yuri N. Roerich, hijo mayor del gran pintor y humanista, Nicolás Konstantinovich Roerich, y de la escritora, pianista y traductora, Helena Ivanovna, vino al mundo un 16 de Agosto de 1.902 en la aldea de Okulovka, en Novgorodskaya, a 250 kilómetros al Sureste de la legendaria ciudad de San Petersburgo. Aunque vivió siempre a la estela y en la cercanía de sus geniales padres, sería él mismo portador de una andadura vital apasionante.

Desde su más temprana edad, cuando fue inscrito en el Gymnasium de San Petersburgo, Yuri mostraría un inusitado interés por las Ciencias Humanísticas, destacándose en el estudio de la Historia y la Lingüística. Estudió tempranamente Egiptología con el Profesor B.A. Turayev y Mongol con el también Profesor A. D. Rudnev.

El movimiento constante de los Roerich -que les condujo a vivir en varios Continentes- hizo de Yuri y Svetoslavs (su hermano menor) dos auténticos ciudadanos del Mundo. Ya en 1.916 se trasladaron a Finlandia que, con un clima más benigno, propiciaría la

recuperación del patriarca de la familia, afectado de una crisis pulmonar.

En 1919 inicia Yuri su periplo hacia el Conocimiento Superior, facilitándose ello al incorporarse a algunas de las mejores Escuelas y Universidades del Mundo, tales como: la Escuela de Lenguas Orientales de la Universidad de Londres, la Universidad de Harvard, en Nueva York, o la Universidad de la Sorbona, en París. Se abrían para él las ciencias de la Indología y la Tibetología, así como el estudio del Sánscrito, Persa, Mongol y Pali. Yuri se graduaría finalmente en Filosofía India en Harvard, en 1922, doctorándose un año después en Filología Asiática por la Sorbona.

En 1924, después de dos años de continuos viajes por los EEUU exponiendo las obras de Nicolás en los algunos de los mejores museos del país y dejando a un nutrido grupo de seguidores de su causa y obra dispuestos a trabajar en pro de la Paz y de la Cultura en algunos de los Centros por ellos creados (como el Nicolás Roerich Museum de Nueva York), los Roerich emprendían viaje hacia aquello que siempre había sido el sueño mayor de sus vidas: el estudio y conocimiento de Oriente.

A su llegada a la India, la familia Roerich se establece provisionalmente en Darjeeling, en el Himalaya Oriental. Aquí, Yuri comenzaría su particular proceso de investigación, escribiendo el primero de sus trabajos, titulado: “*Pinturas Tibetanas*”.

En 1924 iniciaría junto a sus padres su famosa Expedición a través de Asia Central. Durante más de cuatro años el grupo recorrió: Ladak, Karakorum, Pamir, Kasgharia, Turkestán, las Montañas de Altai, Mongolia Interior y Tibet, volviendo a la India a través del Estado himaláyico de Sikkim.

El planteamiento de este colosal viaje era ante todo científico. Se llevaron a cabo investigaciones sobre lingüística tibetana, botánica, arqueología, geografía y antropología. Nicolás, pintó en este período más de quinientos cuadros. Yuri fue una pieza clave en el desarrollo de aquel periplo, pues sirvió, no sólo como traductor del grupo, sino también como responsable directo de la seguridad e integridad física de sus miembros.

El detenimiento de la Expedición fue especial en las Montañas de Altai (situadas entre la actual República rusa de Altai, el Turquestán chino y Mongolia interior). Los Roerich consideraban el territorio de Altai un cruce de caminos de los numerosos grupos humanos que posteriormente se extenderían a través de toda Asia y Europa del Este. Un territorio transitado por los pueblos nómadas Scytas, que cruzaban en todas las direcciones las anchas estepas de Asia Central durante los siglos V y IV a. de C., imponiendo su ley guerrera. Era para ellos el Altai, un espacio cargado de Mitología que suponía conexiones ancestrales entre todos los pueblos de Asia, e igualmente, cuna del Chamanismo siberiano y punto de culminación de una de las leyendas más arraigadas en la cultura budista tibetana: *la leyenda de Shambala*.

Después de cruzar el Altai, la Expedición tomó el camino del Oeste, visitando Moscú. Después de varios meses en la capital rusa, la familia Roerich regresó al Oriente, internándose en Mongolia, país que sería en el futuro una piedra angular de los estudios e investigaciones sobre Nomadología y Arqueología de Asia Central del propio Yuri. Esto, tanto en India, como en Rusia.

En Mongolia, Nicolás pintaría uno de sus cuadros más afamados: “*Shambala*”, el cual le fue regalado al Primer Ministro de

la nación. Este cuadro se expone en la actualidad en el Museo Nacional de Bellas Artes de Ullan Bator.

Después de haber recorrido dos terceras partes de su viaje a través del Continente Asiático, los miembros de la Expedición atravesaron Tíbet con la intención de llegar a una de las metas del propio Yuri: Lhasa. Las autoridades les denegaron el permiso de entrada, reteniéndolos varios meses en unas condiciones casi trágicas. Finalmente, el sueño añorado de culminar su periplo tibetano con visita a la inaccesible capital se vio frustrado y los Roerich tuvieron que cruzar Tíbet de Norte a Sur, alcanzando la India a través de los pasos montañosos del Estado de Sikkim.

Como resultado de esta impresionante etapa de su vida, Yuri había extraído numerosa documentación referente a la historia del Budismo tibetano, investigado numerosos dialectos del propio Tíbet y recopilado una copiosa información sobre la arqueología, mitología, antropología, botánica, nomadología y lingüística de los pueblos de Asia Central. A este sustrato tan denso de conocimiento iría dando forma posteriormente, traduciendo a distintos idiomas muchos de los documentos encontrados, una tarea ésta en la que se ocuparía hasta el final de su propia vida.

En 1927 los Roerich se instalan en el Valle de Kulu, en el distrito actual de Himachal Pradesh, en el Himalaya indio. Allí, en la pequeña villa de Naggar, adquirieron una vivienda, construída en el siglo XIX, a la que bautizaron con el nombre de “*Urusvati*”, que en Sánscrito se traduce por “*Lucero de la mañana*”.

Nicolás, Helena, Yuri y Svetoslav (graduado ya en Arquitectura y extraordinario pintor) establecen aquí el Instituto Himaláico “*Urusvati*”, del que Yuri sería uno de sus principales artífices y su

impulsor científico. El Instituto desarrollaría labores de investigación y divulgación de sus trabajos posteriores.

Yuri N. Roerich expone la síntesis de su viaje en un libro titulado “*Trail of Inmost Asia*”, salido a la luz en 1931. Igualmente, escribe un monográfico, editado en 1930, sobre arte tibetano, cuyo título sería “*The animal style of the tibetan nomads*”.

Durante la década comprendida entre 1929 y 1939, Yuri trabajó en lo que sería en un futuro el primer diccionario tibetano-inglés.

Yuri mantenía abiertos en su vida investigadora y creadora varios frentes; escribía sin cesar, traducía documentos antiguos, investigaba sobre las lenguas de Tíbet o promocionaba el Pacto desarrollado por su Padre: el “*Pacto Roerich*”. Este Pacto, ideado para salvaguardar los bienes culturales de la comunidad humana en tiempos de guerra fue finalmente firmado en la Casa Blanca en 1935. El *Pacto Roerich* fue ratificado por todos los países de América Latina y numerosos países europeos, incluida la Unión Soviética.

Una persona clave en estos años de su vida fue el erudito Rahúl Sankrityayana. Ambos trabajarían en la recopilación, y posterior traducción, de manuscritos sobre Budismo Tibetano escritos en Sánscrito.

En 1934 Yuri es invitado junto a su padre a una Expedición a Manchuria y Mongolia Interior promovida por el Departamento de Agricultura de los EEUU. El viaje les condujo en principio hasta Japón, para después introducirlos en China y Mongolia. La información botánica que extrajeron sirvió de base a posteriores estudios del Instituto Urusvati.

Este episodio singular perturbó la vida de los Roerich quienes debido a las especiales condiciones políticas de la zona en aquellos momentos (invasión japonesa y creación del estado de Manchukuo, en Manchuria) fueron considerados por sus compatriotas soviéticos espías al servicio de la Inteligencia Americana. Estas controversias se mantuvieron a lo largo de los años, siéndoles denegadas las posteriores peticiones de visado de entrada en la Unión Soviética en unos momentos en los que el propio Nicolás y su familia intentaban regresar a su Madre Patria.

Después del fallecimiento de su padre, en el mes de Diciembre de 1947, Yuri y su madre, Helena, se trasladan a vivir a Kalimpong, en el Himalaya Oriental, atraídos según algunos por la benigna climatología de la zona y según otras fuentes por razones de índole político. Los Roerich se instalan en la villa de Krokety, una casa victoriana propiedad de la Reina de Bután, situada en la colina de Madhuban, a tres kilómetros de Kalimpong.

Las actividades desarrolladas en esta etapa de su vida fueron frenéticas. Traduce, junto a Rahúl, los “*Anales Azules*” tibetanos, así como documentos descubiertos por el propio Rahúl en el Monasterio de Sakya, en el Tíbet (en la actualidad depositados en Moscú); escribe artículos para revistas europeas, indias y americanas, enseña lenguas orientales, etc.

Lama Chimpa, un profesor jubilado de la Universidad de West Bengala alumno de Sánscrito del propio Yuri habla de su maestro con absoluta devoción. Yuri mantenía una actividad diaria total. Sus hábitos de vida consistían en levantarse muy temprano y permanecer activo durante toda la jornada. En el piso inferior se le podía ver, siempre impecablemente vestido, trabajando en sus documentos mientras en el estante superior Helena mecanografiaba los trabajos

que su hijo completaba, escribiendo, también ella, algunos de los libros de su serie sobre el “*Agni Yoga*” y manteniendo correspondencia con amigos y colaboradores de todo el mundo.

En Krokety, Yuri escribe una Gramática de lengua tibetana, realiza un estudio sobre el dialecto tibetano de Amdo (publicado en Roma por el Profesor Tucci) y completa una “*Historia de Asia Central*”, aún sin publicar.

La muerte de Helena Roerich, acaecida en 1.955, supuso un cambio de planes para Yuri. A instancias de Nikita Kruschov y como resultado de unos sustanciales cambios en la política de Estado de la antigua Unión Soviética, Yuri fue invitado a residir y enseñar en Moscú.

La breve pero intensa vida de Yuri en Moscú se concentra en sus estudios y en la trasmisión de los amplios conocimientos que dominaba sobre los distintos aspectos del Orientalismo. A su llegada a la capital de la extinta URSS, crea la Escuela de la Cultura del Este, donde comenzarían a formarse muchos de los futuros orientalistas rusos. En esta primera Escuela renueva con ímpetu las ideas que vinculaban el Este y el Oeste, el Sur y el Norte del Continente Asiático; ideas que ya vislumbrara y desarrollara junto a su padre.

En 1959 termina su libro sobre el Budismo. Este trabajo se vio censurado por el Régimen Soviético, de tal modo que su edición resultó imposible. Avatares del destino hicieron que Yuri enviara al propio Nehru un ejemplar de la obra, siendo el líder indio quien tras una visita de Kruschov a Nueva Delhi advirtiera al dirigente soviético del logro que suponía aquel gran estudio, que el investigador había llevado a cabo. El libro se editaría posteriormente.

La vida y obra de Yuri siempre estuvo marcada por la figura de su padre. El hombre universal y renacentista que había sido

Nicolás, tuvo en sus hijos (Yuri y Svetoslav) a dos estandartes de su propia personalidad. Yuri, el mayor de ellos, había llegado a una erudición científica excepcional. El menor, Svetoslav, había heredado de él la sensibilidad del artista. Ambos en conjunto desarrollarían los anhelos de su propio padre: la Ciencia y el Arte. Tanto uno como otro mantuvieron siempre en su recuerdo el amor y la devoción a Nicolás y Helena.

A finales de los años cincuenta, Yuri, instalado en Moscú, asiste al Primer Congreso de Científicos de Mongolia. Esta tierra en la que veía tanto futuro le acogió durante varios meses. Visitó centros científicos del país, tomando contacto con numerosas personalidades del ámbito histórico, arqueológico y antropológico; regresaría una vez más en Agosto de 1959, para realizar un estudio sobre la Lingüística de Mongolia y su relación con la Lengua Tibetana. A su vuelta a Moscú publicaría un artículo sobre su experiencia en este Segundo Congreso de Científicos.

Yuri N. Roerich enseñaba Orientalismo sin olvidar su perspectiva espiritualista. En efecto, consideraba que la Cultura de los países Occidentales está sujeta a un materialismo todavía alejado de la Cultura propia de los países del Este. Estos principios filosóficos los mantendría hasta el final de sus días.

Yuri es el continuador de toda una larga saga de orientalistas, viajeros y estudiosos iniciada por Nikitin, el primer ruso que desarrollara una comunicación activa con la India, descrita en su *“Viaje a través de tres mares”*. Esta epopeya tuvo su punto álgido en la familia Roerich y fue continuada por toda una pléyade de alumnos que seguirán a Yuri en la última etapa de su vida.

En Mayo de 1960, durante la presentación de la Obra pictórica de su hermano en Moscú, Yuri N. Roerich fallece súbitamente de un

ataque al corazón. El hombre de acción, el viajero infatigable, el erudito de las Montañas, el científico que había impulsado nuevamente el Orientalismo dentro de su propio país, dejaba este mundo en un momento de creciente madurez cuando contaba cincuenta y nueve años.

Yuri pertenecía a numerosas Sociedades Científicas, como la Sociedad Asiática de Calcuta, la Sociedad Asiática de la India, la Sociedad Geográfica de París o la Sociedad Arqueológica de los EEUU.

Independientemente de sus cartas e innumerables artículos en publicaciones de Europa, América y Asia, Yuri dejó un total de ocho libros escritos sobre Lingüística, Arte Tibetano, Medicina Oriental, Nomadología, Arqueología, etc.

El patrimonio de la familia Roerich se encuentra distribuido en Moscú, Nueva York y Bangalore (en el Sur de la India). El trabajo de Yuri N. Roerich, está recogido en su *Madre Patria*.

Finalmente, todos sus libros han sido traducidos al ruso y Yuri N. Roerich ha dejado de ser un erudito olvidado en la Rusia actual.

Svetoslav Roerich en Bangalore

*Yo, quiero ser compañero, sólo, del viento;
habitante, sólo, de estos espacios abiertos;
ser para el mundo, humo, distancia, recuerdo...*

Svetoslav Roerich es ya un anciano de ojos azules, que miran con firmeza sólo en aquellas ocasiones extrañas en las que se siente plenamente interesado por algún comentario, gesto o emoción, que le recuerda quien fue, qué cosas movieron su propia vida, personas que marcaron su andar por este mundo, el recuerdo de sus padres, el Santo Kailash.

Está sentado en un sillón, frente a una sencilla camilla en la que no faltan: el té, el café y algunas pastas para endulzarle el paladar. Sus manos se aferran como lapas a las manos de su enfermera, mujer de confianza, secretaria personal, amiga, cuidadora, consejera y compañera de sus últimos días en este mundo. Ella, india de nacimiento, se siente una mujer privilegiada al poder cuidar y dar compañía a este hombre, último de esa genial estirpe de buscadores espirituales y artistas que fueron los Roerich, una familia insigne y de leyenda en la historia de la India, con el patriarca y padre de Svetoslav, Nicolás, a la cabeza de la misma; su esposa, Elena, genial escritora y mujer de una entereza y carácter fuera de lo común; su

hermano mayor, George, uno de los más eminentes tibetólogos que jamás hayan existido.

Nos citamos en el hotel Ashok de Bangalore, donde Svetoslav pasa los tórridos veranos del sur indio. El hotel está situado en el corazón de esta magnífica y abierta ciudad; allí nos dirigimos una tarde calurosa del mes de Agosto de 1992.

Nuestro corazón está más que alterado por la entrevista que a través de Angie, una española que estudia Bellas Artes en un Instituto que apadrina el propio Svetoslav, hemos concertado con el Maestro.

Al llegar al recibidor de la habitación 422 del citado hotel no podemos más que mantener un silencio absoluto por la gratitud y el respeto que la persona, que ante nosotros se encuentra, nos merece. La esposa del genial artista y pintor se encuentra justamente delante de la puerta de la propia habitación, que ocupa ahora Svetoslav; es la conocida artista india Devika Roerich quien, allá por los años treinta, ocupara los escenarios de los teatros de todo el país como primera bailarina. Mantiene toda su coquetería, se maquilla, se peina, se mira al espejo, nos pregunta, se ríe.

La entrada a la habitación que ocupa Svetoslav es el contacto mismo con lo sagrado, poblada con estampas de los grandes Maestros de la Humanidad: Jesús, Zoroastro, Moria; de gurús actuales, como el propio Sathya Sai Baba; además de cuadros, fotografías de sus padres y recuerdos sin fin de su propia y densa vida. Todo ello hace que la atmósfera del lugar se transforme en un espacio muy apto para el recogimiento y la meditación.

Svetoslav Roerich nació en 1902 en San Petersburgo (Rusia). Desde bien joven acompañó a sus padres en los peregrinajes que éstos realizaron a través de su propio país, los EEUU, India, el Himalaya, Tíbet, Mongolia, Sikkim, Ladak, etc.

Posteriormente, tras establecerse el Profesor Nicolás Roerich en el valle de Kulu (Himachal Pradesh), Svetoslav estrecharía aún más sus lazos con la India, casándose con Devika e instalándose en Bangalore, donde aún reside, aunque el hogar familiar continúe siendo aquella majestuosa vivienda, que es el asentamiento original de los Roerich en Naggar.

Pintor de renombre, Svetoslav, poseedor de un estilo propio, ha continuado la senda pictórica de la que fue precursor su genial padre, haciendo de su Arte, un encuentro constante con la Belleza del Mundo Espiritual.

Sus cuadros están expuestos en distintas galerías de la India y en otros museos del mundo (incluidos aquellos que están destinados a recopilar la memoria pictórica, antropológica, etnológica y cultural de Nicolás Roerich, en Nueva York y Moscú).

En nuestra entrevista vamos desgranando toda una suerte de preguntas acerca de los mitos más significativos que envuelven la figura de Nicolás Roerich, la vida literaria y espiritual de su madre, el desarrollo de su propia Obra pictórica, la situación del movimiento Pax Cultura y otras inquietudes muy particulares del Oriente, como Shambala, Agartha, el Santo Kailash, o su parecer sobre el más famoso y conocido de los gurús actuales: Sathya Sai Baba.

El tiempo va agotándose y, a medida que la tarde va transcurriendo, somos conscientes de que este singular privilegio, que ha supuesto compartir estas horas con el último superviviente de aquella genial familia, finaliza. Un ex-ministro espera impaciente en el vestíbulo contiguo a la habitación que ocupa Svetoslav, con la intención de entrevistarse con él: *“Deberá ser rápido e interesante aquello que tenga que consultar de lo contrario no lo recibiré”*, dice a su asistente con un tono que recuerda a un niño enojado.

La última mirada, las últimas palabras, un adiós y Svetoslav vuelve a fijar sus ojos y a dejar sus mansas manos varadas en aquella que es ya su último apoyo en este mundo.

Ladak: La última frontera

La luz, que aquí vive, no pertenece a un color;

tampoco se dibuja en una sola dirección:

ella es la fusión de todos los espectros:

los reales, y aquellos otros, los imposibles...

Serpenteando el tortuoso camino que conduce a Leh -capital del reino de Ladak- desde Manali, cruzamos pasos de montaña que ascienden hasta los 5800 metros del Tonglangla (el segundo más alto del mundo). El frío y la nieve se tornan con un sol abrasador, el fuerte viento con la suave brisa, las planicies, con las cumbres más altas del Planeta, y los cielos de las noches himaláyicas, cuajados de estrellas, con los azules más puros y limpios que jamás vi.

En ocasiones, por encima de su geografía, los lugares son sus sonidos, sus olores, sus colores, su tacto, su cultura envuelta en las maderas, en unas construcciones religiosas milenarias, en la especia, en las piedras preciosas azuladas, en el té multirracial, o en el sonido de esa lengua remota, distante, difícil e inaccesible que es, en Ladak, el tibetano.

Este país es también un lugar de vibraciones. Aquí, la palabra, es una forma de Energía. A la luz de las lámparas de manteca de yak, nacen los mantras, esos sonidos libres con los que los monjes cantan

al Buda desde las alturas, desde las cumbres blancas, donde germinan los monasterios que aún perduran en estas tierras inhóspitas.

Bajan desde allí, inseminando los mansos valles, llegando al campesino y al noble, al instruido y al ignorante, cubriendo toda la humanidad de este pueblo pacífico, aislado y espiritual, que es el pueblo tibetano en Ladak: un Tíbet fuera del Tíbet.

El viaje de las plegarias no se detiene en estos valles, su propósito es cabalgar, como ondas de vibración interminables, a través de los mágicos cielos, formando remolinos en el viento frío, moviendo en oración pañuelos multicolores en un acto de desprendimiento para con todos los mortales. Los pañuelos de oración aúnan voluntades de montañas, casas, valles y gentes, en un ejemplo más de comunicación y comunión con los otros. Acompañan a la deriva de las palabras, los caballos blancos alados, que portan, encintada, la piedra filosofal: ese grial que todos llaman *Chintamani*. Están éstos representados en la oración, que el adepto fiel cuelga al viento para su expansión y difusión a todos los rincones de la Tierra.

Más que un espacio físico Ladak es una gran Oración, un canto a la vida del Buda, un encuentro trascendente con las dimensiones, una *Pradachina* constante en torno a una idea de Redención, una inquebrantable Fe en la futura Liberación, una unidad cultural y espiritual con el Tíbet más hondo, un sueño en la forma del Maitreya que ha de venir.

Cae la tarde en Leh. La vida se ve de otra manera desde el Stupa de Shanty, un monumento que erigiera en este lugar la Sociedad de Budismo Japonesa. Está situado justamente en el eje del valle, amurallado por montañas de más de 7.000 metros de altura. Uno puede sentirse aquí en el epicentro de un cono volcánico, rodeado por contrafuertes naturales que limitan todo el campo visual.

Después, bajando, me he detenido a contemplar el valle de Leh. El contraste es magnífico: el verde de las plantaciones, el agua (increíblemente posible en este desierto), las cosechas, los álamos que inundan las sencillas huertas, los majestuosos picos, que cortan un cielo azul casi imposible y unas extensiones desérticas sin límites.

Cruzan por mis ojos los castillos medievales de Ladak. Tienen nombres evocadores: Lamayuru, Hemis, Tikse. Lugares de poder en constante transformación, puntos que fueron: luz, refugio, vida y obra de multitudes, viven ahora en veloz retroceso. Adheridos, también ellos, al ingreso del turismo, abiertos al abandono, depositarios de una tradición milenaria, perseguida, emigratoria. Siempre engalanados por montañas de blancas cúspides, franqueados por desiertos altos, cubiertos por los azules rasos del cielo ladakí, los Monasterios son bastiones de difícil acceso. Una vez dentro el viajero contempla los paisajes exteriores con semejante devoción a la que experimenta cuando visita los interiores. Ambos acudían a contestar las preguntas que los monjes se hacían en el pasado y continúan ahora repitiéndose, pues las preguntas formuladas y las respuestas alcanzadas han sido, son y serán siempre las mismas. Aún se reza entre estas construcciones pero el credo budista se ha diseminado entre pueblos, estando las vocaciones en retroceso.

Las gentes del pueblo muestran unas caras arrugadas tan curtidas, que parecen papel apergaminado. En las calles que conducen al mercado nos enseñan los sombreros angulosos; los hombres y mujeres de ascendencia musulmana se comunican, siempre, en presencia del té; los tibetanos, con su enorme sonrisa. El ruido y, también, la vida, están en las callejuelas, atestadas de gente. El aire, que corta los labios, limpia los ojos, abriéndolos a la clarividencia. La altura, que perturba, objetiviza al viajero, elevándolo por encima de lo perecedero. La distancia de cualquier otro lugar habitado permite

dar rienda al instinto de aventura, caminar hacia ninguna parte: hacia la proximidad del ansiado Tíbet, hacia la proximidad del ansiado Kailash.

Pequeño, remoto, escondido en tierra inhóspita, Ladak ha permanecido unido a Tíbet desde su más temprana Historia. Aún hoy, viajar a este país himaláyico, es un viaje en el tiempo y el espacio, un viaje de comunicación entre el viajero y el lejano Tíbet.

Krishnamurti en la Sociedad Teosófica de Madrás

*Mientras tu caballo vuela veloz sobre las llamas,
iluminas Sophia con tu bandera,
Guerrero de Luz...*

Controvertido, apasionado en la exposición y aplicación de sus ideas, hombre de larga visión de la Vida, estudioso del comportamiento humano, filósofo y escritor de renombre, Krishnamurti, fue, antes que nada, uno de los más destacados educadores del pasado siglo.

Nacido en la India (Andra Pradesh, 12 de Mayo de 1895), Krishnamurti tuvo una primera infancia marcada por la difícil situación, política y social, de ese país casi imposible. Su padre, Jiddu Narannah, fue funcionario público, al igual que su abuelo, Gurumurti. Su madre, Sanjeevamma, era una mujer devota, caritativa y considerada una psíquica entre la comunidad, capaz de percibir lo intangible en las personas, cargada de sensibilidad y despierta al mundo sutil. Ella fue quien, antes de nacer, intuyó en aquel alma que venía a alumbrar, algo de excepcional trascendencia. No se equivocaría, el pequeño Krishnamurti llegaría a ser un erudito del Conocimiento y un hombre de mentalidad inabarcable.

La historia vital de Krishnamurti está unida a la propia historia de la Sociedad Teosófica, su fundadora, la visionaria Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891), fue una mujer poco frecuente en la época que le tocó vivir. Rusa de nacimiento, Madame Blavatsky pasó varios años residiendo en el mismo corazón de Asia: Tibet. Allí extrajo enseñanzas que comportarían el peso de su filosofía y que cuajarían en la formación, junto al Coronel Henry Steel Olcott (un investigador científico norteamericano) de la Sociedad Teosófica, estableciendo ambos su sede en Adyar, Madrás (India del Sur).

La formación de la Sociedad Teosófica, su desarrollo y elevación, está igualmente ligada a la figura de la insigne Annie Besant (1847-1933).

Besant fue durante toda su vida una ferviente defensora de las causas sociales. Llegó a la India en 1893, con cuarenta y seis años. Desde entonces su razón de ser fueron el trabajo y la lucha social, así como la defensa a ultranza de los valores humanísticos que la Sociedad Teosófica proponía, entre ellos el advenimiento de una realidad física que habría de encarnarse en un nuevo Maestro, venido a este mundo a redimir la Conciencia de la propia Humanidad, un Salvador, un búdico Maitreya.

Annie Besant había llegado a la Teosofía después de leer la “*Doctrina Secreta*” de Helena Blavatsky. Su elocuencia era absoluta en mítines y conferencias. En una de sus numerosas comparecencias populares, un muchacho, de nombre Jawaharlal Nehru -a la postre presidente del país- habría quedado tan deslumbrado que, pidiendo permiso a su padre -el eminente abogado Morital Nehru (antiguo miembro de la Sociedad Teosófica en tiempos de Madame Blavatsky)- se uniría de inmediato a la causa común de los teósofos.

Junto a Besant cabe destacar la figura de Charles Webster Leadbeater (1847-1934), un ex-clérigo anglicano, estudioso de la parapsicología, del ocultismo y con facultades psíquicas evidentes. Ambos, Annie Besant y Leadbeater, buscaban un nuevo líder espiritual para la Sociedad, encontrándolo en el joven Krishnamurti.

Un día, de camino al colegio de Mylapore, paseaba Krishnamurti junto a su hermano, Nitya, por la playa de Adyar, cuando, casualmente, Leadbeater se fijó en ellos; la intuición de Leadbeater no se hizo esperar, advirtiéndoles que Krishnamurti era ése líder esperado, el gran orador y transmisor de las ideas humanísticas y espirituales que la Sociedad necesitaba para un futuro inmediato y que ya extendía a lo largo del Mundo. Ambos hermanos fueron sacados del confinamiento de la pequeña aldea en la que residían, trasladados a las mansiones que ocupaban, en un lugar privilegiado de Madrás, los miembros de la Teosofía, rodeados de una exquisita educación -tanto clásica como contemporánea- y con disposición a viajar dentro y fuera de la India.

Los primeros años transcurridos en Adyar estuvieron dedicados al cultivo de la educación primaria y a la aproximación y descubrimiento del pensamiento teosófico.

Vigilados siempre muy de cerca por Annie Besant, quien se convertiría en una “Madre” para ambos, esta parte de sus vidas no estuvo exenta de luchas judiciales entre los padres de ambos jóvenes y la propia Besant. En 1912, Krishnaji y Nitya, abandonaron India con destino a Inglaterra; no volverían a su *Madre Patria* hasta 1921. A su vuelta, Krishnamurti, el elegido, el protegido de la Sociedad Teosófica, aquel que vendría a ser en un futuro próximo el nuevo Mesías, abandonó, súbitamente, el protectorado que hasta entonces había marcado su vida. Decía no a su Misión, decía no a su rol de

Maestro, decía no al *stabliment* que en torno a él se había engendrado, y se ponía en camino, sólo, para encontrar aquello que verdaderamente sentía dentro de sí. Fue entonces cuando dio comienzo su peregrinaje interior, su movimiento, en la realidad del mundo que le tocó vivir, su encuentro con el Occidente Americano, su periplo, también, hacia la concreción de unas ideas educativas revolucionarias que se verían más tarde plasmadas en los colegios que fundara en Europa, India y los USA.

Por encima de cualquier actividad propia del Ser Humano sitúa Krishnamurti la Educación. La globalidad de la palabra conduce hacia el Conocimiento — interior y exterior- de la realidad del propio individuo. La coexistencia del aprendizaje teórico de la materia, de las ideas acerca del pasado histórico de los pueblos, de la arquitectura del lenguaje, del incisivo análisis matemático o de la esencia científica de la biología, se aunarían con la interiorización del individuo, con la capacidad de permanecer en absoluto silencio, con el entendimiento de la responsabilidad y de la bondad, con la ausencia de temor, con la disponibilidad hacia la meditación o la escucha; ambos pilares deberían de ser la piedra angular sobre la que construir una verdadera Educación.

Krishnamurti nos pone en evidencia ante las actuales texturas: el acúmulo de información no es Educación. Para él, el verdadero destino de la Educación ha de ser la Libertad. Un ser humano educado, será un ser humano libre. La dirección de la enseñanza habrá de facilitar la libertad de pensamiento, palabra y acción. La clarividencia del hombre educado es notablemente superior a la de aquel otro carente del conocimiento final de su propio destino. Por tanto, los educadores han de prestar atención primordial a indagar en el impulso natural hacia el que un estudiante dirige sus energías.

La figura del *Maestro-Guía*, es tremendamente contrapuesta al pensamiento de Krishnamurti. En su concepción, el Maestro debe ser alguien capaz de mostrar un camino dentro del alumno, un aperturista, un ser humano dispuesto a trabajar tanto consigo mismo como con sus alumnos. El Maestro comparte una búsqueda con sus discípulos, los acompaña, haciéndoles descubrir y asumir la oportunidad que esta Educación integral supone para sus vidas.

La obediencia, la sumisión, el respeto carente de análisis e impuesto por una autoridad, resta al alumno, lo limita, y entorpece la vitalidad de su Conocimiento. ¿Cómo hacer comprender al alumnado, la obligatoriedad del respeto, de la consideración, del valor final de la enseñanza del maestro? ¿Entenderá el Maestro que, también él, es un ser humano en Evolución? A esta pregunta podrá contestar con total seguridad la Naturaleza cultivada y crecida de un verdadero Maestro, quien no se sentirá obligado a imponer un criterio, pues su saber estar y entendimiento vital le situarán, ante el alumno, en el justo lugar que le corresponde. La disciplina es el Aprendizaje y el Autoconocimiento, no una orden imperativa ni, tampoco, el bloqueo de la propia libertad.

Ningún conocimiento verdadero puede llevarse a efecto si la capacidad de la Atención no ha sido descubierta.

Krishnamurti propone a los estudiantes el silencio interior para poder percibir las sutilezas de la propia Vida. La Naturaleza, manifestándose con toda su Belleza ante nosotros, no puede advertirse en su magnitud sino es en un estado de quietud, un estado sin prejuicio, un estado permeable a la emoción, a la sensibilidad, a la Belleza. Este estado es en sí mismo una Meditación, una búsqueda de la simplicidad dentro de un mar de pensamientos, que invaden cualquier mente humana. La atención hacia los elementos naturales

ha de extender sus tentáculos hacia la atención, también, de las palabras, intenciones e interioridades de los demás seres humanos, alejándose de las tentativas de mostrar, como único eje, el propio criterio.

La naturaleza del miedo es minuciosamente observada por Krishnamurti. El alumno no puede descubrirse a sí mismo y al mundo que le rodea, si es con una carga de temor. El miedo puede comprenderse y, una vez entendido, desaparecer. Las comparaciones y la competitividad son en muchos casos los verdaderos responsables del miedo. El aprendizaje del arte de vivir ha de conducir a la bondad y a la felicidad, en sus dominios no hay lugar para la limitación, esa limitación, que el temor es capaz de engendrar, condicionando la mirada limpia de la realidad de la vida.

La Escuela -catalizador de la realidad- es un lugar sagrado; el oficio de enseñar, también. A ello dedicó Krishnamurti gran parte de su inagotable energía. Habló del concepto de Tradición y de la necesidad de una Revolución constructiva en torno a ella; investigó el fenómeno de la violencia; estableció puentes hacia la consecución de la Bondad y la Responsabilidad; intuyó el problema del nacionalismo y vaticinó en él un serio inconveniente para la paz de los pueblos; abarcó el mundo sutil de la Meditación; analizó los patrones culturales de los pueblos, haciéndonos comprender las claves de la Felicidad: la base final de su Cultura Educativa.

El 10 de Enero de 1986 Krishnamurti dio su último paseo por las playas de Adyar: aquel lugar que habría supuesto el principio de su epopeya hacia el Conocimiento. Dejó la India, encaminando sus pasos hacia el país que lo acogió la mayor parte de su vida: los Estados Unidos de Norteamérica.

De nuevo instalado en el que había sido su hogar, el Valle de Ojai, en California, pasó, rodeado de sus más íntimos, sus últimos días. El 16 de Febrero de 1986, después de decir adiós a las montañas, que tanto había amado, Krishnamurti abandonó este mundo, dejando tras de sí una vida sembrada de Conocimiento y una Obra que es, y será, referencia para todos aquellos que pretendan ahondar en la esencia misma de la Naturaleza del Ser Humano.

Sri Ramana Maharsi en Arunachala.

Estabas allí;

las manos,

apretadas contra el pecho;

los ojos,

acristalados,

rotos de agua,

bellos.

Ramanashram está situado a los pies de Arunachala, en territorio de Tamil Nadu, uno de los centros de peregrinación hinduista más importante de la India. El paisaje hasta llegar a Tiruvannamalai es francamente aterrador, pues las temperaturas, en esta época del año (Agosto), son extremadamente altas. En ocasiones, cruzando las aldeas, advertimos que todo tipo de construcciones se tñen del color del barro, resultando unas viviendas carentes de lo más imprescindible para una normal habitabilidad (agua corriente, luz eléctrica, etc.).

Después de la Primera Guerra Mundial una serie de inquietos buscadores espirituales, comandados por los Osborne, Mouni Sadhu, Paul Branton, etc., accedieron a esta morada de paz, atraídos por la

personalidad de un emergente gurú, desconocido entonces en Occidente, cuyo nombre era Ramana Maharsi, el sabio que transmitía su enseñanza en el más absoluto de los silencios.

Posteriormente, con la vuelta de algunos de ellos a sus respectivos lugares de origen -otros permanecieron junto al Maestro y están enterrados aquí mismo- se dio a conocer al mundo la vida y obra de este ser tan lleno de inspiración y luminosidad.

Tiruvannamalai aloja uno de los templos más populares y visitados de toda la India, siendo, junto a otros esparcidos también por el sur del país, como Madurai, Kanya Kumari o Trichy, lugares de obligada peregrinación espiritual cuando se pretende vivir la profunda huella de la sabiduría hindú.

Una interminable nube de yoguis, sanyasines y buscadores del contacto con lo espiritual, vive en este apartado rincón. Son constantes las estampas cuajadas de personajes con largas cabelleras, barbas que tocan el suelo, uñas en extremo largas, meditantes absortos en un mutismo absoluto en ocasiones reclusos en cuevas, hombres y mujeres que habiendo hecho distintos votos de disciplina física, mental y espiritual, deambulan por las calles de Tiruvannamalai y por las laderas de la colina sagrada de Arunachala.

Ramana Maharsi vino al mundo predispuesto a la experiencia espiritual. Desde muy joven sintió la llamada de la búsqueda interior, abandonando muy pronto abandonó familia y hogar, para recluirse y aislarse del mundo, encontrando a Dios siguiendo su propio camino.

Después de recorrer diversos lugares sagrados el joven Ramana dirigió sus pasos hacia la colina de Arunachala, la Montaña Roja, a la cual se adhería desde tiempos inmemoriales el templo de Tiruvannamalai, uno de los más importantes de la geografía hindú, y

junto a él una tradición de peregrinaje que se perdía en la noche de los tiempos.

Tras pasar no pocos años suspendido en algunas de las aún hoy cuevas habitadas de la montaña, entregándose a una meditación sin cuartel, a unos ayunos voluntarios prolongados, a prácticas ascéticas y a una vida personal en el más absoluto de los recogimientos, Ramana, a petición de algunos seguidores, se trasladó a lo que hoy es Ramanashram: el ashram de Ramana Maharshi.

La llegada a Ramanashram, tras varias horas en coche a través de los caminos polvorientos del sur de Andra Pradesh, fue como un retroceso en el tiempo ya perdido de los primeros aventureros del espíritu, hombres y mujeres que en tiempos ya pretéritos se adentraban en estas sagradas tierras en busca de Luz y respuestas.

Aquella noche discurría entre la tibieza del ambiente que rodeaba al ashram -cuajado de jardines y estanques, los depósitos de calor que el día había diseminado entre los roquedales (que tanto abundan en estos parajes), los interminables mosquitos y la presencia majestuosa de algunos seguidores y discípulos del sabio: uno de ellos, su sobrino, de imponente aspecto, deambulaba por la recepción del ashram esa misma noche.

El Maestro jamás escribió una sola línea. Todos los escritos y libros, que se han sucedido sobre su vida, obra y pensamiento han sido realizados, bien por sus discípulos, por personas que le conocieron o por estudiosos de su biografía.

Ramana actuaba en el silencio más absoluto. Sus enseñanzas alimentaban la quietud y la paz del espíritu a través de la constante auto-indagación (*vichara*), sosteniendo una filosofía de vida frugal y sencilla. En sus últimos días daba a diario el *darsham* (presencia espiritual) tumbado en un diván (que se expone en una pequeña

salita, a la que acceden los devotos para meditar en silencio), manteniendo una mirada libre y limpia, un gesto relajado y un espíritu en extrema quietud. Dicen sus biógrafos que las gentes que acudían por aquellos años a meditar junto a él en esos instantes precisos de plenitud lloraban de alegría al recibir la corriente de su paz interior.

Tiruvannamalai está repleto de hombres de todas las edades que, vestidos con la tradicional túnica de color anaranjado, vienen y van por los caminos de la India, recalando en este lugar sagrado de Arunachala.

Los sanyasines son unos auténticos héroes espirituales. Renunciantes a casi todo; han abandonado familia, hogar y posición social. Algunos, por un tiempo prudencial, se entregan a la búsqueda de su yo, otros han dicho definitivamente adiós al mundo y reclusos en alguna ermita, cueva, o en el mismo templo de Tiruvannamalai, pasan sus días esperando el *Samadhi*, la Inspiración, la Iluminación, el Vacío, Dios, la Verdad y las respuestas a todas sus preguntas.

Uno de estos sobresalientes sanyasines es el yogui Ramsurat Kumar, con quién estudió Michel Coquet durante su estancia en Tiruvanamalai. Ramsurat fue uno de los más destacados alumnos de Ramana Maharsi, habiendo estudiado también con aquel otro genio del mundo espiritual, que fuera Sri Aurobindo.

La montaña nos llama, somos peregrinos en este sagrado lugar y, como tales, nos debemos al camino y la búsqueda. Son las cuatro de la mañana, Rosaura nos espera en la puerta de Ramanashram. Nuestro objetivo es circunvalar Arunachala, como mandan los cánones de los peregrinos. El camino se prolongará todo el día, y la *pradachina*, (circunvalación), nos devuelve a nuestro origen, donde el

silencio y el *gayatri* (mantra sagrado) serán nuestros únicos salvoconductos.

La montaña nos envuelve cada vez con más fuerza y el peregrinaje nos conduce a las ermitas y cuevas que pueblan las rocosas laderas de Arunachala, para meditar en ellas, como un día lo hiciera el propio Ramana.

La experiencia de comunión con el entorno fue tan abrumadora que las palabras no son vehículo apropiado para expresar lo que sentimos. Fuimos parte de la montaña y ella parte de nosotros mismos.

Rumbo a la tierra de Aurobindo (Pondichery y Auroville) dentro de un desvencijado autobús, al que le faltan (¡cómo no!) todas las ventanas, me abstraigo en el *vichara* y me vuelvo a preguntar ¿quién soy yo?, mientras el autobús serpentea uno tras otro los caminos que separan los pueblos polvorientos de este apartado rincón de la madre India.

Un benedictino en Santivanam

He llegado a Tirón.

Soy, solo, un hombre,

llegado del Mundo de los hombres.

Soy un hombre encontrado

por la Luz,

el Silencio y su Visión.

Kulitalay es una pequeña aldea situada en el corazón del cono sur de la India. Allí, a pocos metros de la comunidad, rodeada de palmeras, encontramos Santivanam: el hogar del Padre Bede Griffit.

El ashram cristiano de Santivanam es un ejercicio consentido por la Iglesia de Roma que, estando tranquila -a tenor de la distancia que las separa- y habida cuenta de la pequeña empresa en la que se ocupa, autoriza y mantiene este proyecto de unión de credos y religiones y, con ello, a uno de sus hijos predilectos.

La primera vez que llegamos a Santivanam no pudimos encontrarnos con el Padre Griffit pues se encontraba de viaje por

Europa. Recibimos una comunicación desde Roma, en la que él mismo nos informaba de su retorno a India en dos semanas.

Un año antes de esta cita había visto en televisión a un ser humano excepcional. Se había presentado en la tertulia envuelto en su túnica de renunciante, una filosofía con la que había sido coherente los últimos cincuenta años de su vida.

El Padre Griffit era un benedictino inglés formado en Teología y en Física; alto (dos metros), pelo largo y blanco, inmensos ojos azules y una barba con sabor a viejo gurú.

En el mundo espiritual del Padre Griffit convivían las tradiciones orientales con las occidentales; el credo cristiano se fundía con el gayatri más hinduista; la ceremonia de la eucaristía, con la meditación budista; las lecturas del Bagavad Gita con la Santa Biblia, los Vedas y los Upanisads.

Dotado de una mente prodigiosa (era un científico de renombre), el Padre Griffit vivía con absoluta humildad su contacto con lo Esencial; integrado en la comunidad, hablando hindi y telegu, caminando descalzo las calles y alimentándose con frugalidad, había encontrado su Edén en aquella tierra lejana y difícil.

Junto a él encontramos a Juan, un monje italiano llegado de Dakka, en Bangla Desh; exiliado por vocación de la civilización contemporánea, un hombre fuera del mundo, un ser humano con mayúsculas.

También era aquel el hogar de Paul, australiano en la veintena, dispuesto a encontrar a Dios como meta suprema de su existencia. Era un excelente intérprete y un notable *aportador* de alegrías.

Asimismo era el refugio de Rosaura, española con más de veinte años de caminos en la India, quien conocía perfectamente al Padre Griffit, teniéndole en muy alta consideración y respeto. Fue para nosotros una perfecta introductora. Había dejado su Cataluña natal, un puesto de trabajo como economista en la Banca Catalana y partido, sola, hacia Montserrat. Rosaura estuvo allí cuatro años, viviendo en una ermita, retirada de todo y de todos. Saltó hacia la India para no volver. Su vida transcurría entre los desiertos del Sur y las montañas de los Himalayas. Había conocido a Krisnamurti, escuchado a Ramsurat Kumar, asistido a los oficios del Padre Griffit, visitado a Amritananda en Kerala. Toda una historia de búsqueda.

Todos ellos asistieron a una ceremonia que el propio Padre Griffit nos ofreció como regalo. Aquella noche tibia -una de esas noches mágicas que pueblan el sur de la India después de una jornada tórrida- nos juntamos en el mandir para rezar, meditar y hablar de lo Eterno. No sé que dejó en cada uno de aquellos hermanos temporales la ceremonia ofrecida por el Padre Griffit, para mí esa noche significó contraer una nueva deuda con ese país que tanto he amado y amo.

Kalarippayattu y khatakali en Kerala

El Silencio envuelve cada momento del día:

aquel pensamiento que nos perteneció,

este, el más inmediato, el que ahora acontece,

este otro que acota el espacio ocupado por nuestros cuerpos,

ese que vive y muere en cada respiración.

Existe en el Suroeste de la India un estado que es especial en muchos sentidos. Kerala es el único estado mayoritariamente cristiano de aquel inmenso país. Sus habitantes, a diferencia de las poblaciones de otras latitudes, tuvieron influencias portuguesas, comenzando éstas a finales del siglo XIV y principios del XV con Vasco de Gama y Alburquerque.

Kerala tiene un elevado nivel cultural en relación al resto del país, una renta per cápita alta, una apertura hacia el exterior superior a los demás Estados indios, existiendo en su interior un profundo y enraizado amor a la tradición, siendo el Kalarippayattu (su peculiar arte marcial) y el Katakali (danza guerrera) algunas muestras significativas de ello.

Como todas las formas de lucha, el Kalarippayattu mantiene un contacto inherente con los rituales religiosos originales, existiendo una estrecha vinculación entre vida y muerte, entre guerra y paz

espiritual, entre violencia y no-violencia, constatando con ello que el ser humano ha buscado siempre en la lucha un remedio homeopático para alcanzar en su práctica su propio despertar interior.

La palabra Kalari proviene del nombre que se daba a ciertos lugares apartados en los cuales el adepto se sometía a la meditación, a la introspección, al encuentro con lo íntimo, al contacto con lo divino, con lo eterno.

Después de subir desde Cochin a través de los canales y detenernos en el hogar de Amritananda -esa mujer capaz de abrazar a miles de personas en un solo día para darles su amor y una carga de maternidad que no encuentra sus límites en el cansancio físico- llegamos a Trichur, una de las cunas de la Tradición de Kerala.

El Dr. Chumar Choondal, Secretario de la Academia de Folklore de Kerala, nos conduce hacia el Profesor Ghiggins, Director del P.B. Kalari Shangam.

El Profesor Ghiggins nació en Trichur, Kerala, en 1933. Comenzó a estudiar el Arte de Kerala en 1940 de la mano de su padre y abuelo, ambos con nombres cristianos: Samuel y Jacob. Su estilo se denomina Kshathavidhi Bhakavadha Mura.

En Kalarippayattu, la división de estilos se organiza de norte a sur del Estado de la siguiente manera: el Sur se aglutina en torno a Quilon y a Trivandrum; los estilos del centro de Kerala están representados en Trichur y Cochin; finalmente, los estilos del norte se concentran en Calicut.

La historia del Kalarippayattu está unida a las epopeyas del Ramayana y del Mahabarata. De estas historias épicas, donde héroe y villano guerrear para imponer sus ideales, arrancan las raíces del Kalari, así como del Khatakali, la danza guerrera de Kerala. Aunque la

historia nos dice que las danzas del Khatakali tienen su origen en las ofrendas que los humanos hacían a sus dioses, ambas formas de expresión (Kalari y Khatakali) se confunden y complementan a la vez. Encontramos similares movimientos en las dos formas de arte, una misma manera de utilizar los *mudras* y una relación semejante con lo *numinoso*, con lo energético.

Actualmente todos los maestros aceptan a los alumnos que desean iniciarse en el Arte, pero en la antigüedad, nos explica el gurú, no era así: existía una rigurosa selección de los aspirantes al estudio del Arte Marcial. Estos se comprometían con la práctica del sistema, además de aceptar un código de honor y otro ético que les impedía involucrarse en disturbios, tomar alcohol o transmitir los conocimientos a los no iniciados.

En primer lugar el estudiante aprende las formas de mano vacía, que configuran el sistema de su Escuela, iniciándose en la práctica del Uzuichil (masaje tradicional con aceites esenciales) y de la Medicina Ayurvédica. Dentro del programa técnico de armas del Kalarippayattu, el estudiante estudiará las siguientes disciplinas: Chottochan (bastón corto), Muchan (dos bastones), Pantheeran (un bastón largo), Vaal (espada), Paricha (escudo), Kuntham (lanza). Vadi Veeshal (largas y finas lanzas de hierro), Urumi (espada en forma de látigo), Kathi (daga pequeña) y Kavachakathi (daga grande). Al finalizar el trabajo diario se realizan los ejercicios respiratorios (Pranayama).

Las relaciones entre la danza y la lucha han atraído a Kerala a algunos estudiosos de la expresión corporal y el teatro, como el Profesor Phillip B. Zarilli, quien, procedente de EEUU, estudió Kalarippayattu en Kerala durante algunos años, introduciéndolo posteriormente en Norteamérica. Amablemente, el Profesor Zarrilli,

me informó acerca de la ubicación de los kalaris menos accesibles diseminados por todo Kerala. Phillip ha introducido el Kalarippayattu como parte intrínseca de sus clases en la Universidad de Madison, en Wisconsin.

Trivandrum, en el sur del Estado, aglutina una gran cantidad de asociaciones, centros de formación y festivales de artes tradicionales, como el Gran Festival Tradicional de Artes y Costumbres de Kerala, que anualmente se desarrolla en el mes de Enero. Otro acontecimiento notable es el Festival de los Elefantes, en Trichur, durante el mes de Mayo, donde una gran cantidad de estos animales se pasean engalanados conducidos por expertos locales, poniéndose de manifiesto el gran conocimiento que de ellos tienen los habitantes de Kerala.

Quizá descansar el espíritu en las playas de Kovalam, al sur de Trivandrum, o cruzar hacia las Maldivas, en el Océano Indico, sea un encuentro con otro mundo singular: el mundo insular de la India.

Los mundos prearios de la India

*Delante, el Mito le espera,
la Leyenda más pura jamás contada,
el sueño de los intrépidos,
el hogar del librepensamiento,
un refugio del Mundo Bueno hecho realidad.*

Existe un momento singular en la historia del ser humano, es aquel en el que éste decide establecerse, dejar de ser nómada, comenzar a construir la convivencia. Es entonces cuando aparecen las primeras civilizaciones.

Tomando como referencia de origen la antigua Civilización Mesopotámica dividida entre Sumer -en el sur- y Akkad -en el norte, otras civilizaciones se erigen de inmediato con su propia personalidad, como la Civilización Egipcia. Estos comportamientos humanos se vienen sucediendo a lo largo de todo el proceso Neolítico y será en él cuando la agricultura entre en escena, siendo su práctica uno de los motivos principales que conducirá al hombre al sedentarismo. Otro elemento prioritario será la metalurgia.

Hace cinco mil años -con la entrada del proceso prehistórico en el Calcolítico- la minería, muy abundante en las montañas que rodean a Sumeria por el Este y Akkad por el Norte, será igualmente

un factor de establecimiento permanente para el hombre aún prehistórico.

Las primeras muestras de civilización procedentes de India se encuentran en Harappa y Mohenjo Daro, datándose alrededor del 2800 a. de C. Estas son las dos principales culturas establecidas entre el Noroeste de India y Noreste de Pakistán; después, hasta cien yacimientos más sacados a la luz nos hablan de una civilización sofisticada con conexiones mercantiles hacia la vecina Mesopotamia.

Es también un hecho histórico que en torno al tercer milenio a. de C., los grupos indoeuropeos establecidos entre el sur de Rusia, la Península Anatólica y el Cáucaso (actuales Ucrania, Turquía y Armenia) van a comenzar a desplazarse en todas las direcciones del espacio que les circunda. Tomando el camino del Oeste se dirigirán al interior europeo (llegando incluso a la propia Islandia); hacia el Este pondrán rumbo a las estepas; en dirección Sur llegarán a Mesopotamia y al Creciente Fértil; en el Sureste se desplazarán hasta India y Pakistán. Estos pueblos arios desplazados hacia India se conocen como: Indos.

Los arios incorporarán una nueva manera de entender la vida y las creencias. Los Vedas, se escribirán cinco siglos después de su entrada en el país.

Antes de la llegada de estos pueblos, hace 3.500 años, la India estaba habitada por sus propios aborígenes, gentes con una fisonomía distinta a la que ahora encontramos entre los pobladores modernos. En la actualidad estos grupos humanos suponen un 7% de la población del país. Esto significa nada menos que 54 millones de personas. Estos pueblos se extienden por las regiones montañosas, a donde se retiraron tras las invasiones arias. Algunos de ellos están

clasificados por los antropólogos como australoides, por su parecido y afinidad con los aborígenes australianos.

Entre todos los pueblos que podemos encontrar en las montañas de Orissa, Bihar y Noreste de Andra Pradesh (en el Noreste de India), destacamos los siguientes: Muria, Saora, Paraja, Gobba, Mirigan, Kondh y Bunda.

El antropólogo Werrier Elwin describe a los Muria de la siguiente manera: *“Son bajos de estatura, color de piel chocolate oscuro, cabello y ojos negros, temperamento vivaz y poético. Comen de todo: monos, hormigas, cocodrilos, etc. Practican el teatro, la danza, la cetrería y la música (utilizan dieciocho instrumentos), dependiendo el prestigio de los hombres, en extensa medida, de esto último. Preparan cuarenta variedades o más de bebidas alcohólicas, desde licores de palmera y arroz hasta numerosas frutas selváticas. Su diosa más relevante es la Madre Tierra.”*

Esta descripción, que el antropólogo inglés Norman Lewis recoge en su libro *“Donde las piedras son dioses”*, está hecha en 1947. En ese momento, cuando la India recibe la Independencia de Gran Bretaña, existen poblaciones millonarias que aún emplean el arco y la flecha.

El recorrido principal para encontrar estas tribus corresponde al triángulo formado por el Noreste de Andra Pradesh y el extremo sur de Orissa. Esta es la zona de principal contacto con el mundo preario de India.

Los Saoras, como otras tribus prearias, no participan del sistema de castas, establecido después de las invasiones. Comen carne de vaca, particularidad que les hace ser rechazados por los indios, y son hábiles constructores de viviendas. Los Saoras han aprendido a combatir el tórrido calor del verano utilizando maderas y barro y

alineando las puertas de sus casas para ventilarlas. Libres éstas de decoración interior, muestran talladas puertas y paredes con toda suerte de animales, tales como: tigres, elefantes, cérvidos, etc.

Las tribus de Saoras encontradas por Norman Lewis junto al río Vamsadhara, en Gunuaur, frontera con Andra Pradesh, siempre han practicado el rito de la cremación, excepto cuando el difunto moría por causas no naturales, en este caso se le enterraba. Estos pueblos son muy democráticos, se ayudan unos a otros a edificar sus viviendas y desprecian el trabajo asalariado.

Los dioses de las tribus prearias, a diferencia de los pertenecientes a las religiones actuales, están relacionados con elementos naturales: la Madre Tierra, la Fertilidad, el Fuego, el Agua, etc.

Una de las tribus más numerosas de Orissa son los Kondh, formadas por un millón de personas. Los Kondh son australoides de tez oscura. Manifiestamente feministas, utilizan a mujeres chamanes (*bejuni*) para sus rituales. Las *bejuni* practican el curanderismo y la adivinación. En el siglo XIX aún llevaban a cabo sacrificios humanos para obtener el favor de sus dioses en el desarrollo de sus propias existencias, o en aquello que incidía directamente en ellas, como las cosechas. En 1851 el General John Campbell puso fin a tales prácticas inhumanas con una campaña dirigida contra los Kondh.

Nos cuenta Norman Lewis en su indispensable obra que a la inmensa mayoría de los pueblos tribales de Orissa sólo puede llegarse a pie. Sin embargo existe una aldea en los límites de Andra, llamada Kangrapada, que había permanecido en un aislamiento casi completo. Allí se habían desplazado en ocasiones los funcionarios del gobierno y algunos mercaderes ambulantes. En esta localidad se había establecido un acuerdo entre dos tribus que se había mantenido

durante más de un siglo. Estas tribus eran los Paraja y los Godba. Ambos, coexistiendo, mantenían sin disputas sus propias tradiciones.

Aunque la población de la India asciende vertiginosamente cada año superando los mil millones de habitantes, en la actualidad estas minorías comienzan a ser tenidas en consideración por los estudios antropológicos tanto indios como occidentales. Además de las tribus mencionadas, existen grupos dravídicos que descienden de las migraciones procedentes de Asia Central y tribus mongoloides, que llegaron a través de China, formando todas ellas un sustrato humano digno de atención y estudio.

Para los antropólogos que han desarrollado su trabajo de campo junto a ellos a pesar de portar arcos y flechas, sería un error clasificarlos como primitivos, ya que su cultura original ha fomentado una delicada relación con las artes y, por encima de esta particularidad, han evolucionado en su entorno sin el grueso peso del sistema de castas.

Tíbet fuera de Tíbet

*Amanecen, después, las mañanas,
que pintan las alturas en amarillo limón;
en blanco, el manto de las Sagradas Montañas,
y estas ropas sencillas, que visten los monjes,
pintan en azafrán...*

El Budismo nace en India, expansionándose en tres direcciones distintas: la primera de ellas cruza el Hindu Kush y la Cordillera del Himalaya; la segunda toma la ruta del Océano, dirigiéndose hacia el Sudeste Asiático; por último, una tercera establece contacto con el Mundo Heleno y Mediterráneo, pudiendo ser intuida en los estudios gnósticos.

De todos los movimientos culturales que Asia ha ofrecido al mundo, el Budismo ha resuelto ser el que ha demostrado una mayor unidad de acción, penetrando en toda la geografía del Continente e introduciendo, siempre, una revolución cultural beneficiosa para los pueblos.

Es de destacar que jamás un pueblo seguidor de la doctrina budista ha iniciado guerra alguna, esto ha sido así porque desde sus inicios la filosofía no violenta de Buda ha sido Ley entre sus

continuadores. El Budismo ha actuado como integrador, adaptándose a las religiones autóctonas, cuando existían, conviviendo en paz sin jamás imponer el imperio de sus creencias.

La corriente Mahayana (dirigida hacia el norte) estableció contacto con el movimiento Mazdaki de Irán y con la Maniqueísta Asia Central; después, se dirige hacia Afganistán, donde encontramos el Centro budista de Bamyán con sus gigantescos Budas en piedra, recientemente destruidos por el régimen talibán. Estos movimientos enfocados hacia el norte se vieron favorecidos por la formación del Imperio Greco-Bactriano, que ocupaba las tierras del país afgano. Era tradición entre los monjes budistas de India peregrinar hacia esos lugares santos de Asia Central, encontrándose sus pasos en lugares tan alejados como el Turkeistán, el Pamir, la propia Bamyán o en otros paisajes remotos, tales como Amdo, en Tíbet.

El Budismo pasó a Tíbet a través de Nepal, dirigiéndose posteriormente a China; desde aquí se encamina a las estepas de Mongolia, que lo llevaría a Kirguistán y Kazakistán, lugares con vieja tradición chamánica, donde las autoridades rusas vieron de buen grado la suplantación de las antiguas creencias por esta nueva doctrina.

El Budismo accederá a Japón por dos vías: el norte, a través de Corea y el sur, a través de China. El Período Nara, en el siglo VIII, será la cima de su florecimiento y expansión en el País del Sol Naciente.

El Pequeño Vehículo, o Hinayana, se extiende, a través de Ceilán, hacia Burma, desde donde saltará a Siam, Camboya y Laos. Entre los siglos VII al X, el Budismo se establece en Java y Bali.

Con este panorama cultural advertimos la unidad que el Budismo supuso en toda Asia, pudiendo establecerse un puente que

conectaría el Continente desde el Turquestán chino y el Mar de Aral hasta las costas del Pacífico, en el Sudeste asiático.

La diáspora budista entre India y Tíbet no es un problema actual. Ya en el siglo VIII existieron desplazamientos de monjes budistas debidos a la invasión musulmana de Bihar y Bengala. Esta ocupación trajo consigo la destrucción de los colegios budistas de Nalanda, acontecimiento que para algunos historiadores tuvo tanta relevancia y fue tan determinante como la destrucción de la Biblioteca de Alejandría. Esta situación significó un freno de cara a los contactos culturales y religiosos entre India y Tíbet. Como resultado de ello se inició un flujo de estudiantes indo-budistas que buscaban la libertad de credo en el país de las nieves. El exilio al que se ven sometidos los tibetanos en la actualidad es un retorno a esa vieja historia pero en dirección opuesta.

Los exiliados tibetanos han intentado siempre plasmar en las comunidades que edifican el espíritu de su país de origen, buscando regularmente puntos geográficos elevados para construir allí sus monasterios. Este es el caso del Monasterio de Vailakupe, cerca de Mysore, en el Sur de India, así como el enclave de Daramshala, en el Noroeste, residencia oficial del Dalai Lama. Otros establecimientos en los que se sienten acogidos, aún teniendo una personalidad política definida en torno a la nación India, son: Ladak, Zanskar y Sikkim. Almora y Sarnat son emblemáticas por la cercanía que tuvieron con la figura de Gautama Buda.

En Vailakupe conocí a Lama Ossel, que entonces contaba con siete años de edad. Ossel había nacido en Granada, se le reconocía como reencarnación de Lama Gesse -introducción del Budismo en España y verdadero espíritu de la comunidad budista de Oselin, en la Alpujarra granadina. Ossel, un turku con un futuro prometedor, era

un niño de una inteligencia desbordante. Lama Ossel mantenía tres conversaciones simultáneas en tres idiomas distintos al mismo tiempo. Sentados a comer junto a él, atendía a su Maestro en tibetano, a sus profesores en inglés y departía en castellano con nosotros.

La vida de los jóvenes monjes está dirigida hacia su futuro como representantes de la Fe Budista. Estudian en régimen de internado en monasterios como Vailakupe, donde aprenden numerosas materias relacionadas con su Credo y la Cultura Budista Tibetana: Historia, Lengua Tibetana, Medicina, Farmacología, etc., además de otras materias de interés general.

Después de este primer período de estudio -una etapa que puede durar hasta quince años- los monjes se incorporan a la Escuela Tántrica, donde investigarán sobre Tantrismo y Meditación. En Vailakupe viven dos mil monjes pertenecientes a los bonetes amarillos, la corriente del propio Dalai Lama.

Dharamsala está situado en territorio de Himachal Pradesh, en el Noroeste de India. Llegamos allí con la intención de visitar al Dalai Lama. Miles de peregrinos, monjes y viajeros venidos de todos los rincones del mundo, se congregan en este escondido rincón para escuchar o ver a Su Santidad.

La ciudad tiene un trazado irregular e incómodo. Las casas ascienden por las laderas de la montaña para confluir en una plaza circular desde la que parten en forma radial las principales avenidas. Una de ellas, nos conduce al Palacio del Dalai Lama.

Dharamsala fue un ofrecimiento que India hizo al Dalai Lama cuando éste salió de Lhasa en 1959 camino del exilio. Con toda probabilidad es Nepal el primer punto de establecimiento de los refugiados, posteriormente muchos se desplazaron a Sikkim, Almora o Dharamsala, donde encontramos peregrinos procedentes de Lhasa y

otras ciudades distantes de Tíbet, que realizan tan penoso recorrido para estar junto a su líder espiritual.

A pesar de las críticas basadas en la clasista organización social, los privilegios de clase o la manipulación cultural, que la teocracia pudiera haber recibido en Tíbet antes de la llegada de la Revolución y posterior ocupación militar china, la invasión supuso la aniquilación de una cultura, una forma de ver y entender la vida, un secuestro a fin de cuentas de todo un Patrimonio de la Humanidad.

He constatado en India, Sikkim, Ladak, Himachal, Nepal o en las comunidades que he podido visitar fuera del Continente Asiático, que el pueblo tibetano es, antes que nada, un pueblo pacífico. Si el móvil de la invasión estuvo o no auspiciado por otras potencias y sus sistemas de inteligencia, si el motivo fue puramente estratégico, o si la conciencia proletaria e igualitaria de un líder comunista resultó ser quien dispuso sobre la historia de ese pueblo sencillo, es hora de apoyar con firmeza política su causa, que no es otra que la libertad de aquellos que quieren y aspiran a vivir en el hogar usurpado.

Nota final

Después de viajar por India entre los años 1990 y 2005, decidí reunir los escritos de mis viajes a través del Subcontinente.

A estas experiencias escritas las titulé: “Noches de Nueva Delhi”.

Puse este título al trabajo porque Nueva Delhi fue, junto a Calcutta y Bombay, un punto de retorno a Europa, después de mis viajes por India.

Era allí, en aquellos últimos días antes de dejar el país, donde tenía la oportunidad de comenzar a dar forma al sedimento que mis experiencias a través de India habían dejado dentro de mí, plasmándolas en papel escrito las semanas posteriores a mi llegada a España.

Estas vivencias fueron creciendo, conformando, finalmente, estas memorias viajeras.

Pedro Martín González

Badajoz, 2006.